Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII | San José, Costa Rica **1931** Sábado 4 de Julio | Núm. 1

Año XII. No. 545

SUMARIO

Montalvo Centenario

(13 abril 1832 - 13 abril 1932)

= *Envío del autor* =

De ayer y de hoy.—En el trece de abril de mil novecientos treinta y dos, Juan Montalvo cumple cien años. Nos parece, sin embargo, que hubiera existido en más luengo decurso. Pero, ¿no viene acaso de un largo paseo a la diestra de los griegos, de una visión de las clásicas bellezas, de un encuentro con el castellano Cervantes, de una experiencia, a veces como heredada, como acopiada en observaciones personales en otras, de los más ilustres países, de las mejores épocas, de las ideas más duraderas, de los combates más recios, de los amores más sabios y, por lo mismo, silenciosos? Se nos antoja héroe plutarqueano, de perfiles severos y firmes y queremos observarlo con la fijeza de mirada a que nos obligaron siempre las *Vidas Paralelas*, pero habla de pronto, ya no con sus frases de mesurado aticismo, ni con los giros redondos de sus *Tratados* y sí más bien con la gracia de cáusticas alusiones de sus *Catilinarias* y el paisaje criollo cobra nuevo valor, la política del tiempo recupera sus formas acerbas o cómicas, parte el jinete de *posta* causando alarma entre el silencio de los maizales y pensamos descubrir a Montalvo, triste paseante a la vera de los jardines del Tungurahua, puliendo frente al horizonte la prosa de sus golpes verbales, ciceroniana en un ápice, y por su tendencia a la caricatura como retrato deformado, casi diríamos aristofanesca. De ayer y de hoy es don Juan, como lo fueron los hombres del Renacimiento, los de la Enciclopedia, como habrán de serlo aquellos que consiguen evadirse de la temporalidad, que no darán su polvo mortal a la gota desesperante de la clepsidra y que rompieron sus versos de la primera hora, para no recordar en octosílabos. Tal vez hay quienes piensan en la caducidad de las ideas de don Juan y puede que tengan razón. Pero nosotros convenimos en que hasta varias de sus anotaciones de revista o de periódico que figuran en *El Cosmopolita*, en *El Espectador*, en *El Regenerador*, han de volver en cada primavera mental por el soplo que las anima, y es que don Juan supo poner alas de pensamiento a la noticia, infundir alma en el dato. Viene de muy lejos, y por lo mismo, suyos son el valor y la alegría de viajar. Todavía circula por el mundo. Se aleja y retorna, y el equilibrio que en él nos sugestiona y mueve nuestra simpatía es el goce integral de comprender y amar que tan justamente fué descrito por la Pardo Bazán que halló en la vírtud del Cosmopolita un alma religiosa y un pensamiento heterodoxo. No se burla de sus semejantes. Los fustiga más bien. Su piedad es cristiana. La imperfección suscita en su gran espíritu un sentimiento de tristeza o condolencia. El orgullo le subleva y la humillación le enciende. Su responsabilidad es de inigualada estructuración de cristal. Firme y trasparente. No habría podido ser anonimista. Su nombre, como un dardo sobrio, Juan Montalvo, voló hasta en la mínima hoja suelta y se clavó quizá, rematando la carta amorosa, en el corazón de las mujeres. Mitologista y buceador de las perlas divinas de Homero, alma templada para visitar el Averno y corazón de goces prístinos para embebecerse del ambiente de los Campos Elíseos, en el pórtico del Renacimiento, mirando del vértice de la ciudad al campo de la égloga, como el pastor de Garcilaso, con enternecido pero varonil reclamo, habría llamado a una pastora ambateña, *dulce y sabrosa, más que la fruta del cercado ajeno*, y en hora actual, hubiera cedido a la tentación múltiple del ensayo, a la viva re-creación de la biografía, y, don Juan de vanguardia, para celebrar la metáfora difícil del verso nuevo, hubiera llevado a su prosa, como miniatura de esmalte, el paisaje de detalle pero de brevedad, de realismo y de espíritu, de límite y de ilimitación, que logran con tan repentina seriedad o con sonrisa tan fácil los poetas de hoy o que se frustra también bajo los repetidos lápices del calco y el vano artificio.

Un día invitó a Platón al banquete de los filósofos y con él se puso a discutir acerca de la suerte de la República. Se nos objetará que Montalvo no fué un filósofo y estaremos de acuerdo en reconocerle más bien como a un meditador. Pero la meditación nos acerca a la filosofía y place mejor el viaje por el gran Seminario socrático o por los jardines epicúreos, la estancia en el museo de las alegrías contorsionadas de Nietzche, la gira por las simbolistas curvas de Bergson, el arranque de dinámica nueva en el motor del Conde Keyserling, que la elaboración de la propia filosofía gris como el camino arenoso de los hombres o de los colores varios con que nos miente el cielo, al alejarnos su Paraíso, en la remotanza de las tardes.

GRUPO AMERICA
QUITO, ECUADOR
CASILLA 75

Circular enviada a los Municipios del Ecuador

SECRETARÍA

Señor Presidente
del M. I. Consejo Municipal.

Señor:

Por la adjunta nómina se impondrá usted de las personas que integran el **Grupo América**, *establecido en esta ciudad con el fin de preparar la atención continental para la mejor celebración del centenario de don Juan Montalvo que se avecina. Tan laudable propósito espero merecerá su simpatía y la del ilustre Municipio de su digna presidencia, interesado como el que más, de seguro, en que se reavive y se mantenga el culto admirativo a que es acreedor el genial Cosmopolita.*

Esta asociación literaria, integrada por los antiguos **Amigos de Montalvo**, *para realizar sus deseos me ha encargado comunique a usted su instalación, manifestándole su esperanza porque esa ciudad, representada por su entidad edilicia, coadyuve, en la manera que estime conveniente, a la indicada finalidad.*

Se ha decidido, para propender así de modo más eficaz a la difusión de tan significativa figura intelectual, el encomendar a un escritor francés la composición de su biografía, previo un ofrecimiento retributivo no menor de diez mil francos; la convocatoria a un concurso nacional o americano sobre el mismo objeto, también con un premio pecuniario; la publicación, por parte del Grupo, de un libro de fragmentos entresacados de las obras del genial prosista; la fundación de una Biblioteca de Autores Americanos, y el sostenimiento de **América**, *revista de literatura y labor americanista y antiguo órgano de* **Amigos de Montalvo**, *dedicado a mantener latente, durante todo este año, el pensamiento y la obra montalvinos.*

(Pasa a la página 15)

Por eso vive y perdura. Sus meditaciones, como las espirales de la columna salomónica, sirven para que por allí trepen las nuestras. Don Juan es voluntad de columna en la estética múltiple, superpuesta, de motivos varios, como la del barroco, que tratamos de descubrir y fijar en nuestras letras. Columna, sin que se acuse de trunca, porque a poco que la miremos, ya florecen sobre ella los caprichos de friso, la composición arquitectural que se dijera vitalizada porque carece de los perfiles fríos de la regular y se insinúa en las curvas o en los contornos de la espontánea y audaz.

Columna por su grávida conciencia y por su fortaleza. Ella también de imagen antigua, de raíz cósmica, como la de los árboles, las primeras columnas que formaron las naves de los templos paganos, del templum, del bosquecillo, en donde veneraban los griegos a sus dioses mayores, de belleza limpia y quieta, de simbolismos delicados o terribles, de leyendas heroicas, pero francos en su bien o en su crueldad, sensibles al voto como lo fueron los humanos.

Los filósofos, encerrados en su gravedad, no quisieran escucharnos. Les oiríamos, llevándonos su fenómeno o su teoría a nuestro laboratorio de silencio o de música, para analizarlos o comprenderlos. Los meditadores pueden ser nuestros amigos con más segura fortuna. Su voz se parece más a la de la confidencia que a la del precepto. Conversan con nosotros y no preceptúan la vida. No espían los rincones de la existencia como algunos de los moralistas y pasan, más bien, sin demostrarnos su reparo de lo deforme o lo incompleto, porque saben comprender que en medio de la desarmonía de los otros, ha de alzarse su ritmo, como una fortaleza o un madrigal.

Se puede hablar de las moralidades de don Juan, pero, ¡cuán distintas de la de los espejos de fija edificación! En ésa, la imagen refleja su contorno asombrado, desaparece con el azogue, se quiebra con el golpe de la prueba. En las de don Juan la vida sigue su curso variable, se forma en la discusión de los tratados, sigue las líneas o las curvas de la Geometría, es el Padre Lachaise, la nobleza, el genio, los filósofos, los héroes de América, el Quijote.

Don Juan Centenario vuelve —¿pero se ha marchado alguna vez? — como si de su lagar de experiencia nos trajera un vino templado, arcaico y nuevo. Al ofrecérnoslo, no le vemos en la actitud de soberbia indómita en la que le observaron sus contemporáneos. El tiempo ahuecó el ímpetu de sus palabras. Ya no viven los hombres de su escenario con existencia sensible, pero la prosa montalvina modeló de tal forma sus figuras que ya las vemos pasar, desprendiéndose del volumen que nos mira con el ojo dorado de su título. Veintimilla por el nuevo Montiel de sus Capítulos de contextura cervantesca... Monseñor Ordóñez dolido de la acerbidad de la Mercurial.

El anunciador.—Montalvo es el amigo. La relectura de sus libros mueve en nosotros el placer de las anotaciones. Su Cosmopolita es el mapa primero. Allí está el Montalvo de los primeros años, con gracia parecida a la que se extiende por su frente tranquila, tal como lo ha visto el artista Villacres en uno de sus últimos lienzos. Vuelve del paseo de meditación a través del pintoresco laberinto de la capuliceda. Ha conocido ya el encanto de los ríos originarios, de aquellos que invitaron con su frescura grata, al ascenso de las civilizaciones. Un atisbo del fulgor espiritual del ciudadano del mundo brilla en sus cuartillas de las Cartas del Padre Joven. Ya quebrará los endecásilabos profanos en su prosa magnífica. Don Juan no ha de perseverar en el verso. Le reclama el ritmo libre de la cláusula. Ya golpea el estilo sobre la tablilla de la forma. Su punzón es greco romano por el ancestro del ingenio y castellano por la seguridad con que dibuja los caracteres.

Amigo por la destreza con que remueve las ideas que no envejecen, hiende el camino con su arado de luz y forma el cauce para que por allí circulen y lleguen las aguas limpias de los géneros contemporáneos. Montaigne es el padre del ensayo: visión múltiple, enlace sagaz, unidad para relacionar lo aparentemente dispar, vuelos de armonioso conjunto en lo externamente disconforme. Pero la nueva inicial idéntica se levanta en el frontispicio de otros siete libros: Los Tratados... Así, con parecido vaivén, penetran los modernos en el insinuante palacete del ensayo. Recuerdan y borran. Aspiran a grabar, en la estancia mejor, un medallón clásico. Bordan frisos de historia y fijan detalles de leyenda, animan el contorno de una figura, gozándose en el aura vivificadora del ambiente y, tal como lo quería Gómez de Baquero, interpretan, con nueva agilidad, el deseo horaciano.

No fué otra la visión de uno de sus libros póstumos, el octavo tratado, digamos el primer ensayo. Un tanto pitagórico, un algo platónico, logró armonizar el trazo elemental del geómetra con las contemplaciones de la moral y hombres de las letras y de las artes hallaron su línea y su figura, su triángulo o su parábola, su estancia circular o su punto finito. Quizá faltaron dos cuartillas: la recomposición de la Geometría que hubiera podido inventar Juan de Flor para el espacio de sus pensamientos. Tal vez el volumen. Acaso la espiral que se complace en libertar al círculo de su perfección de constante regreso y de vuelta infinita.

... Ya le revelaba *El Cosmopolita*. Y si Addison le prestó el nombre para una de sus revistas unipersonales, *El Espectador*, las anotaciones marcadas con el lápiz de Cronos, son originariamente suyas. Crítica, crónica, divaga-

Basura del mundo

I

En los portales del Oeste miro
desfilar las naciones inmigrantes,
«la basura del mundo», que decimos.

¿Quién borrará ese ultraje,
joven que vienes del país de Sócrates
y eres hermoso como un Hermes ágil
que tallara la mano de Praxiteles?
¿Con qué vienes de Esparta? ¡Llevas sangre
que circula en las venas de la gloria,
eres hijo de aquellos que arrogantes
se alisaron las largas cabelleras
frente al persa en Termópilas!—Errante
llegas hoy, y tu suerte dolorosa,
tu suerte innoblemente lamentable,
es más ruda y más digna de tragedia
que la de aquellos héroes que padres
de tus abuelos fueron...
De tu estirpe el renombre ¿qué te vale?
Eres sólo basura, la basura
del mundo...!

II

Y tu, de piel oscura y ojo vivo,
que naciste en la falda de los Andes,
o en el Centro de América al arrullo
de lagos y volcánes,
o donde el mexicano valeroso
hace la guerra al son de cien cantares,
o en las islas del Caribe rumoroso
que es el mejor poeta de los mares!
Bolívar fue tu abuelo,
la gran Corregidora fue tu madre,
hablas la lengua de Rubén Darío;
Sueñas el sueño de Rodó el gigante.—
¡Ah! ¡Pero qué!, ¡si eres un pobre diablo,
un greaser inmigrante...!

III

Y tú, de la figura dolorosa,
hombre triste cargado de pesares,
con cuánto de dulzura y de misterio
y de terror en la mirada! ¿Sabes
que eres basura apenas?—Mansamente
me miras. ¡Te conozco! Levantaste
el soberano Templo hecho de cedros
del Líbano y de oro, y en las calles
de Nínive dijiste la terrible
palabra del Señor. Y predicaste
en el desierto un día... ¡Vuelve el rostro!—
¡Eres Jesús!...—¡Mentira! Que se engañen
otros, yo no. Eres un sheeny
y basura del mundo, miserable...

IV

¡Hombre de mi República! ¡Ya es hora
que invoquemos perdón por el ultraje
con que hemos recibido a estas legiones
de audaces soñadores inmigrantes!
¿Qué valemos nosotros, torpes, rudos,
pueblo joven sin arte,
sin tradición que inspire y que ennoblezca,
ante esta gente en cuyas venas arde
la luminosa herencia de su estirpe?
Esta basura trae
innato en sus riñones al Homero
que nuestras glorias cante.
Los profetas y santos de la América
saldrán de las entrañas de estas madres.—
¡Perdón! ¡Perdón, vosotros, pueblos todos
que a América venís! ¡Que no os amargue
ni endurezca el espíritu la burla
que os lanzan los insulsos! Perdonadles,
y ayudadnos a hacer la nueva raza
en cuyas venas corra vuestra sangre:
¡el pueblo fuerte de la Democracia,
la patria de los grandes ideales!

Robert Haven Schauffler

Robert Haven Schauffler descuella entre los poetas actuales de los Estados Unidos por el hondo sentido humano de sus versos. Nadie mejor que él ha sabido interpretar el sentimiento de gratitud que anima a los verdaderos norteamericanos para con los hombres y mujeres de todos los pueblos, de todas las razas, de todas las culturas, que constituyen los hilos, por decirlo así, de que está tejida la maravillosa tela de la vida estadunidense. Autor de varios volúmenes de poesías y de ensayos literarios, Robert Haven Schauffler es además músico de nota. Su instrumento es el violoncelo. Al regresar de la guerra europea, en la que peleó ganando condecoraciones, casó con la exquisita poetiza Margaret Widdemer. *Basura del Mundo* está reputada como la mejor composición de este poeta. La vertió al español el poeta nicaragüense Nicolás Escoto.

(Nota de *La Nueva Democracia*, de Nueva York, de la que hemos tomado este poema.)

ción, esbozo de novela, cuento, rasgo costumbrista, retrato, comentario, juicio, poema en prosa, política, glosario... Todo lo que constituye el mundo del periodista fué familiar para Montalvo. Sólo que sus artículos no han de perecer como los del cotidianismo telegráfico. Formados sobre el tiempo, el mismo se ha encargado de abrillantarlos como a singular metal de resistencia. Varios y completos, sensibles como el diapasón, detallistas como el paisaje, carecen de la superficialidad del horario, cuyos dos brazos, como esclavos del tiempo, apenas si saltan, imperceptibles ante la mirada estática.

El documento vivo.— Don Juan Centenario, ¿podrá repasar, por nuestros campos, con apostura idéntica a la de sus días de *El Cosmopolita?* La biografía reclama, con insistencia, su airosa figura y su valor esencial. El Montalvo accionante y vivo no conoce aún el libro que nos lo traiga en espíritu y en forma humana. Aparte de los datos ordenados por Yerovi, en la biografía cronológica, el primer códice de su vida y de su obra, el soberbio medallón de Rodó, esculpido con golpes magistrales, ha fijado para siempre las líneas de su fisonomía... Cierto que el prosador uruguayo penetra en la fronda de sus concepciones estéticas con visión cariñosa e iluminada. Cierto que descubre vuelos de su alma y de su genio en el solar de Ambato, en cuya descripción se afana, sin conocer a la ciudad con los ojos terrenos, pero adivinándola con raros aciertos, como si la hubiera soñado en tangible presencia. La verdad que se adelanta, por el acopio de los documentos *vivos*, a la biografía que hoy adquiere singulares milagros de plástica por el arte urgido y emocional que estudia por análisis y recompone por síntesis, ensayando la parábola de Dios al soplar con sus labios creadores en el barro de la forma adánica. Mas, el retrato rodoniano, de seguridad y de ambiente, espiritual y físico, histórico y estético, no es el de la viviente figura, como lo quiere el re-paso centenario. Digno de la majestad del Proteo, relaciónase más bien con el bronce que salió perfectísimo de las manos de Plutarco o con el alabastro heroico que pulió Carlyle.

Rodó, el autor de *Montalvo*, también quiso modelar, con su grave sapiencia, un magnífico *Bolívar*. De aquel ensayo, con encantadoras proporciones, surge el Libertador, esbozándose en sus líneas de la más pura epopeya. Al conocerlo en las páginas de Rodó se nos ha vuelto inolvidable. Esa es la figura magra, ese el vencedor aliento, esa la diestra que dió vida al rayo, esa la voz de la proclama, ese el jinete de la vanguardia que no halló difíciles los Andes para su galope.

De la tierra colombiana, el escritor Fernando González, llamado a espléndida fortuna en el mundo de las letras, despachó a su amigo y filósofo a la mitad gandhiana y quieta de su movible alma de Nietzche, a su Lucas Ochoa, para que viajara en busca de los datos íntimos de Bolívar. No los encontró en la Patria de Santander, a lo menos en la potencia que busca su empeño, siquiera cómo átomo de su propia vida. Ochoa visitará el Ecuador, en las orillas de Paita querrá en vano remover las cenizas de Manuelita... iráse a Venezuela, aunque sus compatriotas se burlen de su pasión andariega y le reprochen su desamor a la casa... Pasaráse largas horas en el patio de la casa de los Bolívar, y sin encontrar el aro que echó a rodar Simón, romperá el barril del

agua nueva, para tenerlo a imagen y semejanza del antiguo... Enternecido por la reconstrucción, pensará que la Hipólita, ese «lacrimatorio de basalto» le cuenta, como a Simoncito, la historia de la mula coscoja y otras fábulas extrañas para el alma del niño varonil... Marcharase hacia el Orinoco, se desmayara sumergido en sus aguas, como en la noche pávida de Casacoima. Trotará en mula por los llanos...

Nosotros también hubiéramos querido que nuestro Lucas Ochoa emprenda viaje parecido por las rutas montalvinas. Que se detenga en Baños y repare en la piedra multicor que fué pedestal de su cansancio. Que sorprenda su diálogo mudo con el Pastaza. Que adivine como frente a los milagros de la Naturaleza comprendió la belleza de los clásicos, sin modelo antiguo; como hubo de sujetar a su Prometeo a la roca imposible; como decurrió por en medio de tanta belleza diseminada y virgen, a través del sub-trópico, resbalando en los senderos que orillan al tributario del Amazonas, como en nueva Odisea, pero ésta si solitaria y meditativa... Como, en la roca negra, desnuda, de corte profundo, advirtió cierta tiniebla del Averno y bajo el cielo azul de ese otro valle, extendido como para el eterno descanso, dijo quizá, dando libertad al suspiro: ¡El Eliseo!... Como se bañó en la Juvencia de la Virgen de Agua Santa o quiso probar del Leteo amazónico.

Que acompañe a Montalvo en su paseo vespertino por el Ficoa. Que, cerca de los libros amados, espante al sueño que se filtraba en su vigilia de lectura y pensamiento. Que le siga, observando sus rasgos de pluma sobre los cuadernillos albos, de hojas regulares y de costura igual... Que le sorprenda en su fácil invitación al arcaísmo, en él como de habitual parlamento. Que le descubrá en su desazón de tachar la frase imperfecta. Que le contemple en su rápida memoria de la etimología. Que le siga en sus recuerdos enlazados y prodigiosos de tanta lectura, lejos de los libros, de cara al sol, en su mediodía de producción... Que mire, en su rostro, la onda momentánea de rubor, frente a la mujer amada, raro contraste de aquel espíritu que pudo decir de un privilegiado valor y un férreo brazo: Mi pluma lo mató... Que le admire en su lento sorbo del vino pascual que nunca prendió en pecho la llama ascendente de la embriaguez. Que le siga a París, en sus veinte y cinco años ilusionados, y más tarde en su dura expatriación, que viva con él en Ipiales, que oiga su plática con Lamartine, que le acompañe a las Bibliotecas y a los Museos de Francia, que siente con él el garfio del hambre y el duro acero de la soledad.

Algunos de los amigos de Montalvo.— ...Parece que no es un venero el Montalvo anecdótico. Sin embargo, su amigo y Secretario preferido, Celiano Monge, ha escrito esos recuerdos, picantes e íntimos, que tanto descubren el verdadero carácter y que sirven, por sí solos, más que una profunda y lenta penetración de exégesis. Gonzalo Zaldumbide, con la justeza parnasiana de sus juicios, nos ha dicho algo del Montalvo joven. Congregó a la *élite* del pensamiento francés, frente a la casa mortuoria de Montalvo, en la rue Cardinet de París y en exámenes sagaces, completos, artísticos, ha revelado nuevas condiciones del estilo de Montalvo, de la elaboración de *El Cosmopolita*, de *El Espectador*, de los *Siete Tratados*. Isaac J. Barrera, buscó, en la inagotable vena del Cervantes de América, la vocación investigadora del crítico y su perspicacia analizadora se detuvo también en el epistolario de Montalvo. Oscar Efrén Reyes, con firmeza parecida a la de sus relatos de la Historia de la República, trazó, en las páginas de la Monografía del Tungurahua, la vida de don Juan, en esquema que, por su mismo laconismo, despierta el anhelo de penetrar en el detalle. Cesar E. Arroyo ha bordado su emoción de castellana loanza en varios de los capítulos de Montalvo y de Rodó, y estudiará al Montalvo cervantino. Benjamín Carrión nos ha ofrecido un libro de la vida y de la obra del Cosmopolita, entre los muchos que anuncia y que vendrán, copiosos y floridos. Alejandro Andrade Coello comentó la obra de *El Cosmopolita*, en sus *Motivos Nacionales* junto a los estudios acerca del sabio Maldonado, del orador quiteño José Mejía y del épico Olmedo. Manuel Elicio Flor, en el Salón del Ateneo Dominicano, cedió a la simpatía que le inspiraba el santo laico, ofreciéndole un voto de su elocuencia. Julio P. Mera nos contará del camino fecundo de su letra, en la prensa ambateña, en las hojas periodistas fecundadas en hora de lucha, en la simiente que hubo de afirmar, en la candela que prendió en compañía de Juan B. Vela, en la primicia, en fin, de la dicción limpida y combativa que no fué raro escuchar, más tarde, en la frase de sus Epígonos: Aparicio Ortega, Manuel J. Calle...

El libro de la vida.— Se ha creído que la biografía moderna puede presentar dos faces en su estructura viva y completa. La primera, reclamada por los devotos de la Historia, se cuidará de que predomine la verdad en las líneas del retrato y en el ambiente que le sirva de fondo o de cielo. No han de falsearse las condiciones éticas del biografiado. Se penetrará sagazmente en el estudio de su carácter. Integro e imparcial el aprecio de la obra. Toda pasión se volverá falsedad, absoluta o relativa, en ese relato de la vida, ejemplar o armoniosa, heroica o lúcida, artística o poderosa, que debe ser la biografía. La segunda se ofrece a varias consideraciones. La *vida* que ha logrado impresionarse en nuestro pensamiento admirativo, que al fin nos conquista y nos obliga a interpretarla y describirla, puede salir del marco de la historia. No vamos a relatar escuetamente. Nos sentimos estéticamente apasionados. Interpretamos un gesto de nuestro héroe. Queremos hallar, en el fondo de esa insinuante frase, algo más que un enlace sintáxico, que una imagen de Retórica, que una coherencia de Lógica. Somos los buzos de una alma—mejor si hemos revuelto su tranquila superficie—y vamos hacia el fondo en donde se retraen las perlas, los corales y las esponjas. Por el comienzo:—la vida exterior, la que se refleja en los documentos, la que muestra su semblante en las biografías cronológicas—, hemos querido llegar a la vida

esótérica, a la que se guarda en la tersura de una página, a la que no se puede ocultar en una confesión, buscada y oculta en la voz de otro tiempo verbal, o surgida de pronto, como en el escape de los suspiros, como en la ingenua efusión de las lágrimas, como en los actos primos.

Así, ¿desnaturalizaremos la biografía, recargaremos los tonos, nos volveremos líricos o hiperbólicos, iluminaremos el retrato hasta lo indecible?

Siempre volveremos al eclecticismo. Concierto. Disposición igual de aptitudes y de gustos. Toda construcción fué armonía en su esencia y en su forma. Seamos eclécticos y armoniosos y para escribir una vida no pensemos únicamente en la regularidad de la fotografía. Estudiémosla biológica, estéticamente. No nos apartemos de la Historia, pero busquemos también ese contenido sin documento, sin fecha fija y sin ubicación sensible, el adarme de locura o de amor de las vidas ejemplares, el desencanto de los hombres sonrientes, el miedo de los héroes, la tentación de los santos.

El espejo, ¿podrá devolvernos nuestra imagen con la misma nitidez con que nos impresionamos en la retina de nuestros amigos que se entusiasman con nuestra inteligencia o hurgan en nuestros pecados? El auto retratista no ha visto jamás su rostro. El auto analizador se comprenderá con íntegra frialdad sólo cuando consiga elevarse sobre su propio orgullo o su timidez orgánica.

Nuestro don Juan trazó un auto retrato, joya de nuestro verso profano, de la rica Antología de nuestra prosa. El auto retrato queda grabado en la memoria visual... La frente, los anillos de azabache, los ojos, balas negras y penetrantes o globos de fuego celeste para el corazón de las mujeres...

Aquí el documento, el auto retrato, el poder creativo de la palabra, la imagen, la estética arcilla plasmada con cierto amor, pero éste sí varonil y nuevo, de narcisismo.

¡Los amores de don Juan! Geómetra moral, alma enternecida frente al reclamo tímido de la limosna, ¿pudo amar, como su homónimo el Tenorio, en lances de aventura y peligro..? ¿Fué de verdad el sortilegio de sus ojos?... Importará tal detalle a los biógrafos que traten de acompañar a Montalvo en su repaso centenario, vivo, accionante, íntegro, antes de que dijera a su médico francés que la vida se le concentraba en el cerebro y pudiera escribir una elegía, antes de que exhalara el ánima, cerca de los tres claveles comprados a una florista de París, cuya belleza núbil, como la de otra flor, se consumía bajo el invierno.

¡Flores, flores!... Siempre nos ha cautivado este rasgo poético de las postrimerías de Montalvo, alma heroica que dejó huellas de su viril conciencia en las mejores estancias de sus libros y que ya ordenó para su Quijote americano el epitafio cordial, él de las lágrimas de Dulcinea, recordando al Cid que pidiera el llanto de Jimena: «Item. Mando no dispongan—que me lloren plañideras—Al llanto ajeno renuncio—que me llore Dulcinea—... Rocío serán sus lágrimas—que mis lauros humedezcan—las compradas nada valen—yo ambiciono las sinceras...» Resonancias del Romancero se prolongan en los octosílabos de Montalvo, tan rebelde a las medidas. Comprendió, eso sí, que en los epitafios había de presidir la mensura, Octosílabos. Cuenta gotas para las lágrimas de Dulcinea!

Sea la prosa española de América la viril plañidera de Montalvo o trace las líneas de su perfecta biografía algún joven latino, de la estirpe de Romain Rolland que genialmente comprendió el movimiento de esas tres vidas de ciclópea labor, de proteica tristeza y de construcciones que, aun con su temblor de inacabadas, ascendieron hasta el punto de la perfección que tortura a las almas: Bethoven, Miguel Angel y Tolstoi... El amor de la millonésima sinfonía, la cabeza de Moisés que quisiera hablar en un soneto, la novela de carne y espíritu o la escuela de Yasnaia que quisiera volverse madre y camino.

El hombre de cien años.—Como retornara Montalvo si le fuera dado salvar la distancia que ya no sabe responder. Las sienes matizadas de una escarcha centenaria; el corazón, en el que no picaron las Harpías, más resistente y noble... ¿Volvería a ordenar la cremación del *Judas*, escrito en Ipiales, buscaría en su escritorio los papeles de antaño?

No. Su fraterno espíritu opondría se otra vez al paseo de las Euménides. Dejaría que el nombre de su Mercurial continúe en el *Index* y ante la reliquia, cuadrangular como una piedra fundamental de su casona de Ambato, sollozaría tal vez como el ausente agradecido que repara en la devoción con que sus parientes conservaron hasta el muro en donde se creyó encontrar algo de la familiaridad del viajero corporalmente desaparecido.

En el trece de abril de mil novecientos treinta y dos don Juan Montalvo cumple cien años.

Los escritores de América recibirán con grande júbilo este gran onomástico. De la revisión de sus libros, los nuevos estudios han de revelarnos cómo la fuerza montalvina, de pensamiento y estilo, se afirma cada día más en el bosque secular de los clásicos. Montalvo, el primer clásico de América.

Viajeros que trepen la cordillera y que busquen para su dulce asiento de unas horas el florido valle de Ambato, verán cómo allí, en homenaje al que supo injertar las yemas clásicas de la greco latinidad en el árbol de castellana cepa y de flores ecuatorianas, los jardineros se glorían de haber vencido la terquedad de las arenas y podido conseguir para la sed de los paseantes el limpio jugo de la viña.

Y el canto nativista, el que se anuncia para vibrar en todas las cuerdas de la lira con el sentido de todos los paisajes y la vitalidad de todas las raíces nuestras, algún día pedirá, para su viaje por el Amazonas, una piragua de las maderas de Ficoa y la compañía del espíritu libertario de Montalvo que se unió con tan entrañable don a la belleza que no muere.

Augusto Arias

Quito, mayo de 1931.

Estampas

—*Colaboración directa*—

Ese Plan Hoover, Señores, y esa alharaca de periodistas atolondrados!

¡Plan Hoover! Las agencias noticiosas de los Estados Unidos lo han puesto en conocimiento del mundo. ¿Qué promesas le reserva a ese mundo que lo recibe ansioso, que oye la palabra del Presidente que lo concibe y lo presenta ruidosamente? ¿Creerá ese mundo en la sinceridad del Plan y en los beneficios que con él le auguran?

Francia ha dicho con franqueza que no cree en él. Es una duda fuerte que hará pensar a los hombres y dirán si lo que los Estados Unidos pretenden es garantizarse el pago de las deudas de guerra, o ayudar con espíritu grande a que los pueblos de Europa surjan de la miseria en que esas deudas los tienen sumidos. Todas las naciones que hicieron la guerra son tributarias de los Estados Unidos. Alemania paga Reparaciones que sirven para que los estados interaliados paguen deudas de guerra. El oro europeo corre por un caudal que desemboca en el Tesoro de los Estados Unidos. El Plan Young escalonó el pago de reparaciones y deudas y en el año 1988 el último abono dejará en libertad a Europa. La gran idea del Presidente Hoover es que durante dos años, tanto Alemania como las demás naciones tributarias, cesen en sus pagos. ¿Por qué ha concebido ese plan precisamente el Presidente de la nación prestamista? Para los que entre nosotros manejan los periódicos, porque él es un preocupado del padecer de los pueblos, porque anhela de verdad ordenarles sus haciendas y dejarles respiraderos que los vuelvan a la prosperidad.

Para otros, sin embargo, no hay en las ideas de Mr. Hoover sino el cálculo del hombre que está al servicio de la plutocracia de su nación. ¿Cuál sería la suerte de las deudas de guerra si Europa por una conmoción social las desconociera? Es indudable que se irían a pique. Cuando Rusia dijo al mundo que no pagaba nada de lo que el gobierno de los zares había emprestado, Inglaterra vió hundirse un talego conteniendo seiscientos cincuenta y cinco millones de libras esterlinas. Los Estados Unidos tendrían que soportar hoy el hundimiento de cinco mil cuatrocientros millones de dólares, si la tributaria Europa hiciera lo de Rusia. De modo que, más que anhelo de servir a una humanidad hambrienta, hay empeño en librar el inmenso tesoro que los Estados Unidos dieron en préstamo. Y es que los pueblos a quienes la guerra deshizo comienzan a sentir que son más desastrosas las obligaciones económicas que se han sucedido a la catástrofe, que la misma catástrofe. Ellos trabajan, soportan tributos, no comen, no visten, para que las cuotas de indemnización lleguen íntegras a los acreedores implacables. Estas cosas se dicen sin mentira, sin el propósito de abogar por una quimera. Basta reflexionar un momento en lo que pasa en las naciones tributarias

de los Estados Unidos, para darse cuenta de que las deudas de guerra son una maldición grande y siniestra. El clamor se oye. Alemania ha redactado un manifiesto en que glosa los términos de las Reparaciones en una forma enérgica, que llamarán subversiva muchos timoratos. Y el Gobierno alemán no procede así por su propia resolución. La nación entera clama contra las Reparaciones y el Gobierno sigue ese clamor imperativo. "Se ha llegado ya—dice el manifiesto de 6 de junio en curso—al límite de las privaciones que hemos impuesto a nuestro pueblo". Esto no se le dice al pueblo alemán, sino al mundo. Es necesario que ese mundo al cual acaba de hablar el Presidente Hoover ofreciéndole un Plan, sepa que otro Plan también de factura norteamericana, el Plan Young, hizo cálculos ilusorios cuando impuso a Alemania sus pagos escalonados. Se fió en el desarrollo creciente de la industria, en la expansión del comercio, en el florecimiento de la agricultura. Y la crisis grande que se señorea ha hecho burla de todos los cálculos del gran Young. Alemania está imposibilitada para seguir dando sus cuotas semestrales por Reparaciones. Y esa imposibilidad la hace hablar fuerte, tanto que al juzgar como "tributos" esas cuotas, la prensa estadounidense ha dicho que son términos registrados tan sólo en las publicaciones Nacionalistas y Fascitas alemanas.

Y Alemaniia no puede sufrir ninguna conmoción social. Líbrela del nacionalismo, líbrela del facismo, porque todo eso trae deliberación y ésta lleva a los extremos terribles a que llevó a Rusia. En presencia de esas afirmaciones rotundas del Gobierno alemán, los Estados Unidos han pensado que lo mejor es que su Presidente proponga un Plan. No puede ocurrir nada parecido a lo de Rusia. Fuera de los miles de millones de dólares que quedarían sin pagar, vendría una paralización del comercio que los Estados Unidos hacen con Alemania. No es natural dejar perecer a Alemania. La plutocracia yanqui ha debido alarmarse con las declaraciones del Gobierno alemán y ha lanzado a su agente más eficaz, al Presidente, a formular un Plan.

¡Plan Hoover! ¿Para salvar a quién? No creemos como los periodistas y los hombres públicos nuestros que es para salvar a las naciones europeas. Los Estados Unidos no intervienen en ninguno de los continentes con fines humanitarios que los hagan aparecer llenos de majestad, que les den en verdad majestad. A Europa llegan a hacer negocios y un negocio enorme, colosal, es el de proteger las deudas de guerra. A América vienen a conquistarnos, lo mismo que a Filipinas van a ejercer su dominio sin control. La plutocracia que tiene su sede en Wall Street mueve esas grandes ideas por medio de los hombres que están identificados con sus designios. Por eso pronto se adivina que no hay en verdad empeño en ayudar. De no ser, las naciones europeas comprendidas en el Plan Hoover, tributarias de Wall Street en una forma tan desproporcionada, la suerte de esos pueblos no estaría preocupando a ningún Presidente. A Europa han ido a salvar sus tesoros. El ejemplo dado por Rusia es aterrador. Y si a Inglaterra le corrió la suerte dura que le corrió, no puede esperarse que sea diferente el trato que diera una Alemania, o una Francia movida por grande conmociones sociales. Lo que la previsión una previsión expeditiva, aconseja es decir que se está preocupado por tanto pueblo mordido por la miseria. Y decirlo por boca del Presidente la República para que nadie dude de que es la Nación entera la que ofrece su ayuda. Pero es tan tardía la ayuda, es tan visible la capa que oculta los verdaderos móviles de ella, que en el Plan formulado sólo se piensa con desconfianza. Al Presidente Hoover le interesa enormemente ser dócil a la voluntad de la plutocracia yanqui, porque anhela una segunda Presidencia. Los banqueros, los grandes industriales, pueden con sus infinitos recursos dejarlo que continúe si hay en él obediencia y habla con solemnidad cuando ellos se lo piden. Hoy pone su firma en un Plan que ha de colmar de bienes a Europa; mañana, en vísperas de la convención que lo ha de designar candidato por el mandato de esa plutocracia, firmará igualmente la orden de desembarco de marinos en cualquier parte de la América en donde haya que proteger inversiones de Wall Street.

De ningún mal salvará a Europa el Plan Hoover. Como tampoco salvaría a América, si prosperara la iniciativa de algunos crédulos que andan por allí coreando los beneficios de la gran idea del Presidente Hoover. Plan Hoover para Europa que adeuda sumas por empréstitos de guerra y Plan Hoover para la América que las adeuda por empréstitos que se han llevado el suelo y las aduanas y las industrias, y los medios de trasporte y la libertad, en nada ayudan ni ninguna fe despiertan. Los Estados Unidos no miran sino a su propia prosperidad. Mientras ella no esté amenazada, no asoma la voz que clame por el medio de llevar el sostén. En las campañas de higienización que emprenden en estos pueblos está muy claro el móvil egoísta y de puro cálculo que ponen los hombres de esa nación. Si hay industria de norteamericanos que salvar de la ruina por la enfermedad y la muerte de las plagas; si hay líneas de vapores que mantener en tráfico constante con puertos de gran movimiento, entonces aparece la higienización que deseca pantanos, que mata ratas. Mientras el peligro no parezca extenderse a la seguridad de los intereses yanquis en cualquier parte del mundo, no hay planes, ni empeños por sacar de congojas a ningún pueblo. La seguridad ante todo, dicen ellos, pero es la seguridad de los Estados Unidos, no la de nación que no tenga que relacionarse con ellos.

Por eso no nos mueve a grandes ni a pequeñas alegrías el Plan que han bautizado con el nombre del Presidente de los Estados Unidos. Y mucho menos podemos resignarnos a ver indiferentes el pensamiento de quienes piensan pedir a ese genial Presidente que nos haga un Plan, que se lo haga a las naciones de América que llenas de deudas y de miseria por causa de esas deudas, se mueren en un mundo estúpido y sin sentido. Si algo habría que pedir, y estando en pie todos los pueblos de América, sería que se impidiera a los banqueros yanquis que emprestaran un solo céntimo a la América. Cuando se formulara ese Plan, cuando un Presidente de los Estados Unidos tuviera el ánimo que da majestad a los hechos humanos, para formular un plan así, entonces sí nos llenaríamos de fuerza para proclamar que ese Presidente merecía el respeto y hasta la veneración de la América. Mientras tanto, nada de algazaras periodísticas, nada de subir a nuestros hombres públicos a la tarima que simula estatura, a decir que las ideas egoístas de un Presidente al servicio de la plutocracia yanqui, son una de las maravillas de la época.

Juan del Camino

Cartago y julio de 1931.

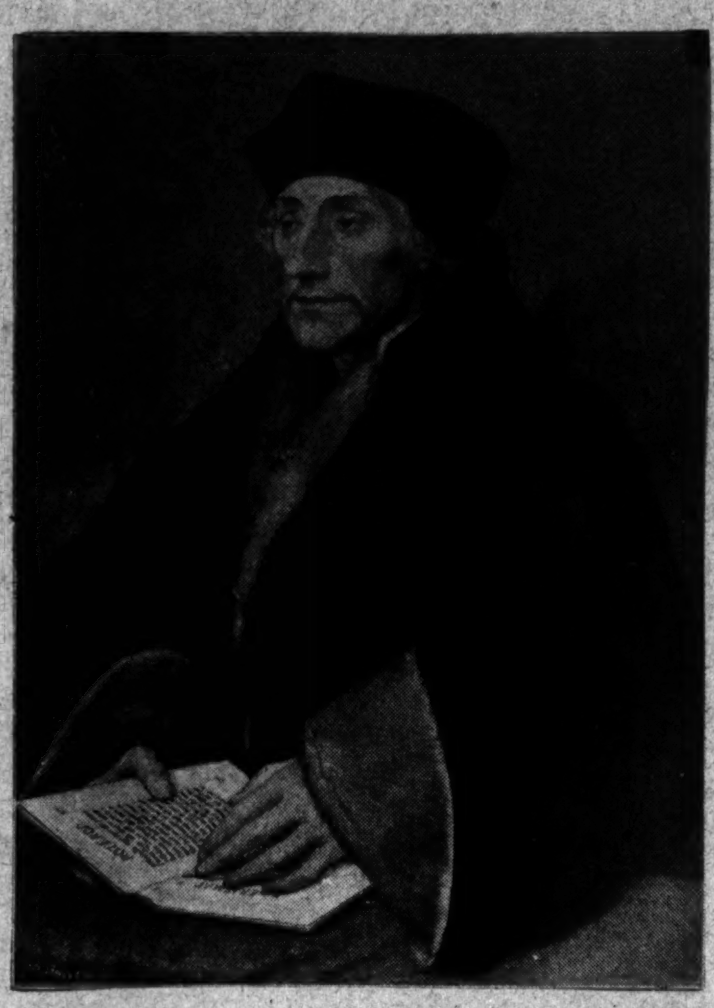
Persiflage

— Colaboración directa —

Homenaje a Erasmo de Rotterdam

Para don **Carlos Luis Sáenz**, quien a pesar de ser Profesor de Estado es hombre de letras, y porque, no obstante estar al servicio del Gobierno en educación pública, ama sobre todas las cosas su propia libertad y la de los demás.

Cuando esto se publique ya habremos pasado la celebración del 4 de julio, y estaremos en vísperas de celebrar el 14: ya habremos oído hablar de Washington, y Valley Forge, y de Mr. Hoover, y estaremos en inminencia de oír hablar de los Estados Generales, de la Bastilla, y de Joffre, Foch y Clemenceau: ya se habrá tocado marchas de Philip Sousa y se prepararán coros escolares a entonar *La Madelon.* Para otras partes del mundo esas fechas serán de fiesta de la Libertad. Para nosotros en la América tropical el festejarlas es señal de libertades perdidas. Mientras haya soldados norteamericanos en territorio nuestro, mientras haya interventores dizque peritos económicos manejando como factorías nuestras fuentes de riqueza, mientras estemos supeditados a compañías yanquis o bajo amenaza de ellas, celebrar el 4 de julio es un acto de sumisión ante el que todo espíritu libre sentirá retorcimiento de tripas. Asimismo celebrar el 14 de julio es un acto de hipocresía en nuestras tierras tiranizadas, erizadas de Bastillas, en nuestras tierras intelectualmente colonizadas y de rodillas ante la mentida luz de una Francia que no es menos sino más cruel dominadora de pueblos débiles que los Estados Unidos. La libertad norteamericana no es nada nuestro. Ello es tan obvio que a nadie precisa convencer. La libertad francesa, en cambio, aún tiene partidarios, entre los ignorantes de que Francia es más imperialista aún que los Estados Unidos, y de que hay cien pueblos que gimen bajo el yugo de la *République Française*, pueblos por los que si no sentimos cariño de hermano seremos indignos de ser libres. Al celebrar esas fechas se rinde culto a las grandes democracias actuales. Por eso se recuerda a Mr. Hoover y a Foch. Y las democracias actuales, acaba de decir Romain Rolland, «son imperios.» De manera que el 4 de julio y el 14 son fiestas imperialistas. «Las democracias de hoy son imperios; algunos dirán que vampiros. Estas fieras de garras y colmillo se han dividido el cadáver del mundo. Su apetito es inmenso. Se atragantan con el oro y la sangre de pueblos veinte veces más numerosos que ellas... Nosotros los franceses, que dejamos que el león británico hiciera suya esta magnífica presa (la India) en los días del desgraciado Lally y de Luis el Bienamado, supimos desquitarnos tiempo después... Por supuesto que nos hicimos de una cuarta parte del planeta para llevarle la luz de nuestra civilización, nuestra cultura, y nuestro idioma, que son los más bellos y perfectos de todos. Pero nuestros afortunados pupilos tienen la falta de gracia de preferir lo suyo... Nuestro imperio indo-chino ya ha manifestado los primeros sacudimientos de su despertar, que los procónsules de nuestra democracia, naturalmente, han ahogado en sangre.» Razón tiene, y de sobra, Romain Rolland, para declarar que esa «Diosa de la Razón, con sus pezones en flor, portadora del nuevo Evangelio de los Derechos del Hombre,» es una máscara debajo de cuyos afeites «el mundo conoce ya el hocico de tigre» que tiene. Y es en este ambiente de fiestas del 4 de julio y del 14, en estos días de canilla paralela con el suelo, de nalgas sobre los talones y de frentes que tocan el polvo, cuando diputados del soberano congreso piensan decirle a Mr. Hoover que en su sabiduría nos confeccione un plan económico para la América Latina. «¡Pobres ovejas!» exclama, con razón, y de sobra, Romain Rolland. Y hablando en nombre de las ovejas, dice: «Si el lobo fuera todo cuanto nos amenaza, sabríamos guardarnos de él. ¿Pero quién nos protegerá del pastor?» La escuela debiera dar cierta protección, si no ¿para qué es la escuela? Y ya véis: la escuela, la escuela sobre todo, celebra el 4 de julio y el 14 y oímos en la escuela las marchas de Souza y *La Madelon*, los elogios de Washington y Hoover, de Joffre, Foch y Clemenceau. Asqueado de estas cosas; hundido en dolor de ver tanta inconsciencia, hallo consuelo recordando que hay una fecha entre el 4 y el 14 de julio digna de conmemoración por hombres de escuela: el *12* de julio, que ese día, en el ***1536,*** murió Erasmo de



Erasmo

Por *Holbein*

Rotterdam, de quien nos debe Romain Rolland (y debemos pedírsela) una *Vida ejemplar* más.

Hijo de Rogerius Gerhardus, de Rotterdam, habido fuera del hogar, Erasmo nació el 28 de octubre del 1446. Se le bautizó con el nombre de Gerhardus Gerhardi. Gerhardus es apelativo derivado del vocablo alemán *gieren* que es como si dijeramos en romance «desear» o «anhelar apasionadamente.» Cuando aprendió latín el joven se hizo llamar Desiderius, su nombre traducido, y cuando se enamoró del griego, se firmó sólo Erasmus que lo mismo significa. De Erasmo alguna vez habréis oído hablar. ¡Cómo quisiera yo que lo tuviéramos por guía!

Erasmo se hizo sacerdote, se hizo monje de la orden de San Agustín. No había remedio para ello. Se entraba a la escuela en aquellos tiempos por las amplias puertas de la Iglesia, puertas que se han vuelto tan estrechas, y Erasmo era hombre de escuela, el hombre ideal. Cuando Fray Servacio, su superior, le reconvino amorosamente de que trataba con demasiado espíritu crítico fuera del monasterio las cosas de la escuela; cuando le recordó que «la ropa sucia se lava en casa,» y que no callar era no querer la escuela, Erasmo dulcemente dejó el monasterio y se dedicó— ¡oh maestro ejemplar!— a hacer del mundo todo la escuela perfecta. Condes, duques, príncipes, reyes, emperadores, papas fueron sus discípulos. Mountjoy se lo llevó a Inglaterra; Enrique VIII aprendió de él; enseñó a ratos en Oxford y en Cambridge; enseñó a ratos en la Soborna; enseñó a ratos en las universidades italianas; Carlos V le otorgó pensión; León X, Julio II, Clemente VII y Pablo III fueron sus amigos y le ofrecieron dignidades de obispo, de arzobispo, de cardenal, que él, para conservarse libre, rehusó; Cromwell le admiraba y le enviaba dinero; las monjas de Colonia le daban sus mejores confites; Holbein pintó su retrato, obra maestra que se conserva en la Academia de Bellas Artes de Parma; los obispos ingleses,—Warham de Cantorberi, Foxe de Winchester, Fisher de Rochester, y el célebre Cranmer a quien Shakespeare ha inmortalizado,—se enorgullecían de ser amigos suyos; en Italia el famoso editor Aldo Manucio lo había hecho de su círculo veneciano que integraban Marco Musuro, Juan Lascaro, Bautista Ignacio, Pablo Bombasio, Escipión Carteromaco, nombres todos venerados por quienes al humanismo se dedican; en Inglaterra también fue huésped de Tomás Moro en Bucklersberi; en Basel, Alemania, enseñó a Beato Rhenanio,—*«summus Erasmus observator,»*— a Guillermo Nesen, a Ludovico Ber, a Enrique Glareano, a Nicolás Gerbelo y a Juan Oecolampidio. ¡Qué escuela la suya! Y nadie como él para hablar mal de ella.

«Soy capaz de disimular.» escribe en

(*Pasa a la página 16*)

Dos artículos de Alomar

La santa ilusión

= De *La Libertad*. Madrid. =

¿Qué ha ocurrido verdaderamente en España? Permitidme una inmodestia: el advenimiento de la República, en esa forma ejemplar que ha concentrado en España el alma de Europa, es el triunfo de algo muy unido a mi esencia de escritor: es la victoria de la política idealista. Recordad las frases usuales anteriores a nuestra revolución: "Las izquierdas defienden vaguedades. Lo interesante son los problemas concretos. Nadie se preocupa ya en el mundo por quimeras. Hay que apoyar bien los pies en el suelo. Nada de ilusiones". Amigos míos: ved la gran lección que la realidad, precisamente la realidad, ofrece a nuestro pequeño mundo estupefacto. La santa ilusión ha triunfado, y un gran viento ha purificado la selva de los tópicos. No ha sido verdad, afortunadamente, que los Gobiernos agotados y perniciosos tuvieran una fuerza irresistible en la seguridad científica de los armamentos, ni que la ametralladora y el avión de guerra fuesen divinidades fatales, erectas sobre nuestro pueblo como ídolos siniestros. No; porque esas armas eran sólo materia, y tras ellas estaba el alma generosa de los soldados del pueblo, que ante el gran latido patriótico se negarían a derramar la sangre de los ciudadanos y dejarían paso libre, inclinándose reverentes, a la voluntad soberana del país. Ante el arma de guerra perfecta e invencible, España ha podido agitar al viento una mariposa sutil, la papeleta electoral, ágil mariposa o psiquis de la ciudadanía, y ha podido decir como Víctor Hugo: "Esto matará aquello. El espíritu prevalecerá contra la materia".

Si no temiese enojaros con disquisiciones académicas, podría ahora perfilar un ensayo sobre el tipo histórico de nuestra revolución española, comparándola con las extranjeras. Ahí radica precisamente el grande y legítimo orgullo que me invade. España se ha incorporado en la selección de los pueblos libres, no por el golpe de fuerza de una parcialidad, sino por un acto de capacidad soberana de toda la masa social. ¿Dónde quedan ahora las viejas afirmaciones pesimistas, como aquella que afirmaba con Silvela que España era un país sin pulso? Yo mismo he comprobado con sorpresa jubilosa que la ruralidad española era muy superior al concepto en que la tenía y que ha sabido corresponder dignamente a la dirección de esa intelectualidad gloriosa, que desde el estudiante al profesor excelso ha difundido la palabra salvadora. ¡Qué lejos quedan los días amargos del "vía crucis" español, las últimas tiranías coloniales, las represiones crueles y desaforadas, el prestigio de la autoridad entregado a asesinos! Nuestras Bastillas no han necesitado el empuje de un 14 de Julio, sino que han caído por sí solas al conjuro de nuestro grito, como Jericó al estridor de las trompetas. Y el canto de liberación universal, *La Marsellesa*, ha surgido de las piedras de nuestras calles sin salpicadura de sangre, como una victoria alada.

¡Cuánta sugestión guardan estos días vibrantes! España se ha estructurado como un organismo; Madrid ha ascendido a su condición de cerebro nacional, y desde sus orígenes de villa y sus esplendores ficticios de corte ha pasado a ser ciudad y capital. Como una etapa superada, quedan el Madrid castizo y chispero, el Madrid chulapón y de género chico, el Madrid irónico, guasón y despreocupado, que sonreía ante todos los Quijotes.

Saludemos el Madrid ejemplar que ha erigido el Ateneo como verdadero templo de la diosa que es a un tiempo inspiradora de ciencia y maestra de civilidad. Saludemos la integración de España en su verdadera tradición de grandeza. Saludemos el retorno triunfal de Don Quijote, no entre un coro de carcajadas, sino entre una aclamación de hosannas. Y saludemos también al buen Sancho de las payesías, que ha sido al fin capaz de comprender que el ideal tiene potencia para suscitar el milagro de las grandes transfiguraciones sobre las bajas apariencias.



Gabriel Alomar

Dos cartas y un comentario

= *Envío de* M. U. =

Niza, 11 de mayo de 1931.

Señor don Gabriel Alomar.

Madrid.

Mi muy distinguido y admirado amigo:

En momentos en que me disponía a enviar a usted mis felicitaciones entusiastas por el nombramiento de Embajador de la República Española, leo, con estupor, que los hombres que hoy gobiernan en mi país no lo consideran a usted persona grata. Quiero, como argentino, ser el primero en protestar contra la injusticia incalificable.

Usted representa una de las cimas más altas del pensamiento español, no sólo por el valor de su obra literaria, sino por la rectitud ejemplar con que supo defender en todo momento las verdades. Por su labor y por el sacrificio de tantos años merece la admiración y el respeto de sus colegas y de la juventud.

Nadie más indicado que usted para representar en el Nuevo Mundo a la España que surge. Fué un acierto confiarle la misión simbólica de mostrar a América la verdadera fisonomía de la Madre Patria. Y debemos felicitarnos hasta del absurdo contratiempo, porque así podrá ver España, a su vez, cual es la situación de la Argentina actual.

El pequeño grupo que rige transitoriamente nuestros destinos no representa la voluntad del país. No es la Argentina la que declina el honor de recibir a Gabriel Alomar; es una oligarquía, temerosa de la influencia y de la acción que, aún sin buscarlo, tiene que determinar la presencia de un hombre libre. Pero esto es pasajero, como fueron pasajeras las tristezas de España; y no está lejano el día en que fraternizaremos al fin, de pueblo a pueblo, en ímpetu de renovación y de vida nueva. Así

(Pasa a la página 12.)

Conviene decirlo muy altamente: La República no viene como un impulso de demagogia ni como un desbordamiento de plebe. Viene como la gran ejecutoria de aristocratización del pueblo, por contraste con los rebajamientos de una casta que llegó a los inconfesables días de un Carlos IV, un Fernando VII, una Isabel II. Y conste que yo precisamente, por distinción espiritual, soy incapaz de ensañarme con los caídos.

1931 ha sido digno parangón con aquel caballeresco 1830 que nos sugiere el centenario del romanticismo. No podríamos soñar más alta ni digna celebración de esa efemérides que la proclamación de nuestra República. Y me place evocar ahora el glorioso cortejo de sombras: los hombres de la Constitución de Cádiz, la generación de los emigrados, los poetas exaltadores, desde Quintana a Espronceda; los ciudadanos cuyos cuerpos de mártir oscilaron en las horcas, los militares caídos bajo el plomo, como el nobilísimo Torrijos, como Lacy, cuya sangre fecundó con semilla de libertad nuestro suelo y cuya sombra espera en Bellver el desagravio triunfal de nuestra generación vencedora. Evoco a los hombres de la primera República y, sobre todo, la magna tríada de Salmerón, de Pi y Margall, de Castelar, que estremecieron la tribuna española con un idioma que entonces no podía recibir contestación del pueblo, porque éste no había recibido aún la alta categoría del coro, en la gran tragedia nacional. Evoco al ilustre educador don Francisco Giner de los Ríos, cuya mano he tenido la honra de estrechar, verdadero creador de la generación intelectual que ha forjado la República. Evoco, en fin, emocionado a los dos heroicos jóvenes que en Huesca dieron su sangre para que ella fuese la única derramada en el parto de nuestra República; hermanos en el dolor y en el heroísmo, verdaderos Cástor y Pólux de la Libertad: Dióscuros alzados a una constelación de Géminis, en el Zodíaco de la nueva España.

Bello ensueño el que ante nuestros ojos se presenta. Desaparecida la herencia secular del poder personal y absoluto, nuestras hermanas las Repúblicas de América, tan vacilantes todavía en la afirmación de su régimen, podrán al fin recibir de España un magisterio de libertad. ¿Quién sabe si lo que separaron las viejas tiranías de la metrópoli podrán rehacerse al amparo de una gran confederación transoceánica, verdadero *Commonwealth* rival del británico, y a través de los mares la Iberia reconstruída por otra federación que reintegre libremente a Portugal formará uno de los grandes núcleos de la cooperación universal por la paz y por la indefinida superación humana?

El alma nueva del estudiante [1]

= De *Prod.* Madrid. =

He de hacer, ante todo, una advertencia. Mis palabras no podrán tener hoy la amenidad y fulguración que tendrían si fueran destinadas a un acto de propaganda o a una reunión política. No olvidemos que persiguen un fin cultural y se dirigen a una Asociación de jóvenes estudiantes. He de rogar, por ello, al público en general, que perdonen el tono pesado de la parte técnica de mi trabajo, necesariamente enojosa para muchos de los que me escuchan. Y dejadme agradecer, ahora, la deferencia honrosa para mí con que la Juventud Escolar me ha pedido inaugurase sus tareas.

Es natural que hoy os hable el profesor. Pero la verdad es que nunca he logrado sentirme revestido de esta solemne designación, que en las naciones doctas acompaña al nombre de las personas como una vegetación parasitaria y le comunica una responsabilidad espectacular que acaba por devorarlo. El profesor X . . . No. Ni profesor, ni mucho menos esto tan solemne de catedrático. Yo seré siempre un franco tirador de la

[1] Parlamento leído en el acto inaugural de la Juventud Escolar de Palma de Mallorca.

ciencia y un enemigo de los rigorismos académicos y de las severidades de la toga.

Preferiré siempre la tribuna a la cátedra, porque tiene la tribuna el resabio de sus orígenes rebeldes, y en vez de la majestad presidencial o *catedralicia*, tiene la cualidad de una voz dialogando con el alma del pueblo.

Quisiera hablaros, en resumen, del alma nueva del estudiante.

Si fuese ahora mi intención haceros un largo y erudito comentario sobre la evolución del estudiante a través de la Historia, os hablaría de aquellos tiempos en que estudiante y clérigo eran una misma cosa, porque las aulas de los conventos eran los refugios de las funciones espirituales, en unas tierras estremecidas por la brutalidad de las banderías. Pero, mirando hacia aquellas épocas, tampoco están nuestras preferencias por la paz de los claustros, donde floreció el *mester de clerecía*, y donde se iluminaron minuciosamente los pergaminos de los códices y diseñaron sus árboles simbólicos el trivio y el cuatrivio. No. Nosotros preferimos la viva inspiración tosca y ruda de los juglares analfabetos, surgidos de repente, francotiradores también, de las más altas tareas de la mentalidad humana. Más verdadero estudiante era el juglar que el clérigo.

Ni la ciencia ni el arte deben su mayor altura ni su progreso maravilloso a la ordenada distribución del estudio, sino a la súbita iluminación del genio que bautiza el pensamiento de poesía, esto es, de creación. Así fue como el grito de "Eureka" brotó en la boca de Arquímedes. ¿Queréis ejemplos claros de esta victoria de las facultades indómitas sobre la glacial ordenación del pensamiento? Nuestro Ramón Llull no sobrevive por la fría disquisición de sus aparatos de lógica, ni por la trama infantil de sus Arboles de Ciencia, sino por aquella bárbara espontaneidad de francotirador de la filosofía, muy propia de aquellas peregrinaciones que dieron motivo a Menéndez Pelayo para llamarle Caballero Errante del pensamiento. Tampoco Dante tiene su inmortalidad en aquella riqueza de sentidos alegóricos y místicos que quería infundir en cada verso de su comedia, ni en la regularidad aristotélica de las estrofas de los cantos y de las cantigas, sino en la erupción volcánica y apocalíptica de su inspiración. Toda la ciencia métrica de los trovadores provenzales no bastó para crear entre ellos un solo poeta. Fue necesaria la efusión cordial de un Petrarca para recoger esta semilla estéril y hacerla fructificar por el amor de una Mujer. Un día dije: "El terceto como forma de triangulación poética, no tiene más que una excusa: La Divina Comedia". Recuerdo que Eugenio d'Ors me replicó: "La Divina Comedia no tiene más que una excusa: El terceto". He aquí la distinción clara entre dos temperamentos: el suyo y el mío. Cada uno de vosotros puede escoger. Son los dos polos del espíritu humano.

Tampoco en España la severidad monacal pudo suscitar en los tiempos primitivos más que aquel buen metrificador que se llamó Gonzalo de Berceo. Fue necesario que viniese un mal clérigo, un canónigo mundano, vicioso y picaresco, el Arcipreste de Hita, para crear desordenadamente la explosión de vida del Libro del Buen Amor.

Siguiendo la rápida evolución del estudiante, podremos luego hablar largamente de la creación de las Universidades, centros de vida apartados de las reposadas funciones claustrales. Es curioso comprobar las relaciones entre la vida del estudiante y la picaresca. La Universidades eran, sin duda, núcleos de formación ciudadana. Los tiempos anteriores, o sean los de la ciencia conventual, corresponden a la ausencia de ciudades: Son épocas de castillo y burgo en las tierras aún vírgenes de verdadera ciudadanía. En cambio, los tiempos de las Universidades ya son germinaciones de ciudadanía. Así como el régimen de corte (Alfonso X, Juan II de Castilla, D. Dionís de Portugal, Alfonso V de Aragón en Navarra) forman brillantes séquitos de poetas, y así como la fastuosidad de las monarquías absolutas había de producir el esplendor del treatro, así también las Universidades fueron los primeros excitantes de la ciudadanía, que es la unión entre la libertad y la conciencia, unión de la que nace la conciencia libre, que es la madre de la Democracia. En aquel rebullicio de las ciudades estudiantiles había un no sé qué de germinación, de revueltas futuras; un presentimiento de misiones históricas trascendentales. Desde Oxford a Bolonia, desde París a Salamanca, vibraron los nervios de un organismo destinado a renovar el mundo.

Recordemos que Cuando Alfonso V de Aragón otorgó los privilegios de formación de la Universidad de Barcelona, los burgueses de la ciudad se opusieron porque temieron ver comprometida por las cuadrillas de juventud estudiantil la tranquilidad de aquella urbe ya en decadencia; de aquella Barcelona agotada por el esfuerzo de las guerras ultramarinas y que cedió a Valencia la verdadera primacía y capitalidad de Cataluña; y precisamente aquella Valencia estudiantil y joven había de producir la rica diversidad de petrarquismo pesimista de un Ausias March, la explosión de vida lozana, carnal, de un Tirant Lo Blanc; el sabio magisterio de Luis Vives, concentración de esencias universitarias y la brutal amoralidad de unos Borgia.

La invención de la imprenta favoreció considerablemente el valor de la Universidad, no ya como núcleo de cultura, sino como núcleo de política y ciudadanía. Si queremos sintetizar en una figura la representacioón total de aquel tiempo, veremos que también entonces aparece un hombre, Erasmo de Rotterdam, en quien se junta la tradición monacal con la fuerte ironía picaresca, el látigo de la sátira democrática con la delectación bibliográfica, y, sobre todo, con la despreocupación de todos los francotiradores de la filosofía. Por encima de las obras fríamente solemnes hay siempre una dinastía de obras vitales, donde la risa, o, si queréis, la sonrisa vivificadora, excusan la falsa ciencia dogmática y hacen triunfar la vida por encima del silogismo o por encima de la estrofa. Así vemos reflejarse sobre las páginas sabias de Erasmo la buena tradición de la alegría, el *Poema de la Guineu*, los viejos *Fablieaux*, el *Decamerón*, de Bocaccio; el *Buen Amor* del Arcipreste; la *Celestina*; la *Lozana andaluza*; el *Aretino*, las comedias italianas . . .

El renacimiento es la victoriad del estudiante como factor de una nueva Europa. El formará dos poderosos instrumentos para construir la nueva ciudad: estos instrumentos son el Humanismo y la Reforma. Él dará a la juventud la verdadera personalidad futura del Estudiante, por contraste con aquella otra juventud de donde salieron los mercenarios de las tropas y los aventureros que iban a las Indias atraídos por la sed del botín o la esperanza de Eldorado. En derredor de las hogueras de los autos de fe, donde la intolerancia quemaba los videntes de la nueva inquietud, el Estudiante simbólico pensaba también como Galileo: "E pur si muove." Él era la Universidad nueva; esto es, simplemente la Ciudad, temblorosa de la concepción que sentía removerse en sus entrañas, que era el pensamiento libre y creador. Cuando un gran poeta, Goethe, quiso crear su poema supremo, el *Fausto*, epopeya de la vida moderna, imaginó su sabio contrastado por las luchas internas entre la ciencia y la vida. Quiso que hasta la ciencia tomara para este sabio formas carnales como un súcubo, y que Fausto engendrara un hijo en las entrañas de la hasta entonces mitológica Helena. Así, hasta la ciencia se le volvió vida y le daba placer e hijos. Y el poeta dió por compañero y confidente de este sabio a Mefistófeles, que es la personificación del estudiante irónico y escéptico, forma nueva de la sátira romántica.

Después el estudiante toma aún una nueva encarnación. Representa el Romanticismo. Entonces tiene una doble forma. Por un lado, es la juventud desengañada, escéptica, de vuelta ya de todos los caminos, agotada por todos los placeres de la vida, abandonándose a la melancolía enfermiza de un predestinado a malograrse antes de hora. Este Estudiante unas veces se llama Rolla; otras, Adolphe, René, Werther, Antony, Olimpio . . . En España será un lector de Espronceda y de Bartrina. Pero al lado de este Estudiante pesimista hay su contrafigura, también romántica: es optimista, enamorado de visiones futuras, que engendra en su cerebro de idealista la fantasía de la ciudades nuevas, bellamente utópicas, pero capaces de esbozar un nuevo camino en la marcha de la Humanidad, y hasta de improvisar violentamente en el viejo caparazón social el sistema que ha de redimirla. Este Estudiante ya no pondrá sobre su cabeza el cañón de la pistola de Larra, de Anthero de Quenthal o de Camilo Castello Branco; tal vez morirá en duelo, como Puchkin y Lermontov, como Armand Carrel y Fernando Lasalle; pero también sabrá rescatar las impurezas de la vida y las vagorosidades estéticas, muriendo por la libertad de Grecia, como Byron, luchando con las supervivencias absolutistas en Rusia, en Alemania, en Francia, en Italia, en España y en las nacientes Repúblicas americanas.

Gabriel Alomar

Revelación de un pintor

—Envío del autor—

En la primera Exposición de la Asociación de Alumnos de Bellas Artes, celebrada en el local de la Sociedad de Amigos del País, ha habido una revelación. Entre el cúmulo de obras académicamente frías, sosas, amaneradas o retocaditas se destacaban dos cuadros sobrios, enteros y originales: *El hombre enfermo* y *La planchadora,* originales por la manera, enteros por la precisión, sobrios por la forma. El segundo de los cuadros mencionados, sin querer ser precisamente una demostración de plástica aborigen, delataba la continentalidad de su autor. Esta negra planchadora no podía ser más que americana, de tierra tropical. Nada más que americana, nada menos que tropical. Como su autor, el pintor costarricense Francisco Rodríguez Ruiz, que se presentaba por primera vez al público español.



El hombre enfermo

Por Francisco Rodríguez Ruiz.

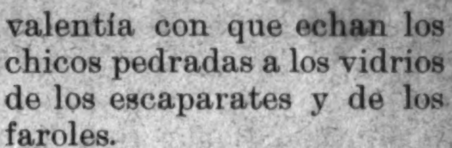
Su debut no ha podido ser más afortunado. «Rodríguez Ruiz es el único autor serio de veras que en la Exposición aparece», dice Manuel Abril, el certero crítico de arte de *Blanco y Negro*. Y refiriéndose al pintor costarricense dice Ramón Gómez de la Serna: «América nos sigue enviando emisarios que traen luz de otras playas». Porque Rodríguez Ruiz es de los americanos que vienen a España a aprender un poco, pero más a enseñar que a aprender. Veamos cuál ha sido su trayectoria.



La planchadora

Por Francisco Rodríguez Ruiz.

Paco Ruiz comenzó en Costa Rica de cartelista de teatro. Cuando aún iba a la escuela y aprendía las 4 operaciones aritméticas, primero pintaba solamente las letras, luego se atrevió a dibujar las siluetas de las vicetiples. Ensayó con éxito la caricatura y ya en la vereda firme del arte, principió a leer, a estudiar mucho y a digerir sus lecturas. Lo malo es que las últimas noticias que tenía en arte eran acerca del impresionismo francés, y se echó a pintar tirando los colores fuertes sobre las telas con la misma



valentía con que echan los chicos pedradas a los vidrios de los escaparates y de los faroles.

Pasaron los años. Buenos amigos le consiguieron una beca en Europa. Llegó a París con ánimo de conquistar la Ciudad-Luz y de tomar la Bastilla. Durante un mes peregrinó por todos los Museos y salones de pintura y no se quedó sin ver ni una sola tela: desde el Louvre a las paredes de la Rotonde, dejándose colgados los ojos en todos los cuadros nuevos y valientes. Un viejo prócer, el Marqués de Peralta, que fué en su época amigo de Juan Montalvo, y era paternal orientador de jóvenes artistas y literatos centroamericanos, le aconsejó que se marchara de París, antes de que la vida fácil y desordenada de la capital le fascinara más que sus ambiciones artísticas. Obedeció Rodríguez Ruiz, que ya había probado lo más interesante, que ya había captado lo más afín a su espíritu, y se vino a Madrid. Aquí



Francisco Rodríguez Ruiz

se plantó en Pombo, se relacionó con las más altas figuras de la nueva generación y cruzó impresiones de arte con un grupo de pintores de avanzada (Climent, Timoteo Pérez Rubio, Pelegrín, el hondureño Pablo Zelaya, el portugués Almada, el dibujante Pujol, el escultor Planes y otros). Al mismo tiempo frecuentó la Academia de Pintura de San Fernando y se empapó de lecturas sustanciosas y orientadoras. El resultado de todo ello han sido esos dos cuadros que tanta atención le han arrojado sobre sí y que le clasifican en el grupo de los post-expresionistas de la pintura europea.

Inquieto, dinámico, nervioso y ubicuo, Rodríguez Ruiz tiene tiempo para dedicarse a múltiples actividades, además de la que le es más grata y querida.

Le interesa la literatura en su aspecto folklórico. *Repertorio Americano, Bolívar* y otras revistas importantes nos han dado a conocer interesantísimos cuentos *ticos* y hasta se ha anunciado una selección de ellos a cargo de la Editorial Bolívar.

Le interesa la cerámica también en su aspecto folklórico. Está aprendiendo el oficio en la Escuela de Cerámica, de Madrid, para crear una cerámica costarricense a base de los delineados y composiciones de las cerámicas precolombinas.

Pudiera darse también, y ello es de desear, que Rodríguez Ruiz al regresar a Costa Rica se decidiera a romper el cordón umbilical de la dependencia pictórica de su país con las escuelas europeas, creando una plástica nacional, no a base de tópicos, sino a base de línea, color y temperamento.

Otros hablarán con más extensión y autoridad de Rodríguez Ruiz, en breve o andando el tiempo. Hoy sólo me cabe a mí el honor de consignar el triunfo de su presentación en Madrid y el espaldarazo efusivo que ha sabido darle la crítica madrileña, tan parca en prodigar elogios a quien no los merece.

Abel Romeo Castillo

Madrid, abril de 1931.

Dos cartas y un comentario...

(Viene de la página 9.)

se restablecerá el ritmo de la raza y así tendrá usted en los hechos el mejor desagravio después de la descortesía que nos lastima a todos.

Créame, mi querido Alomar, su admirador y amigo,

Manuel Ugarte

———

Madrid, 20 de mayo de 1931.

Señor don Manuel Ugarte

Niza.

Mi grande y generoso amigo:

Muy fuertes han sido mis emociones de estos días. Fué la primera el alto honor de representar a la República Española en la Argentina, porque ello significaba para mí la realidad de un múltiple ensueño: la libertad de mi España, el abrazo a la América española, mi visita a aquella noble selección. Fué la segunda el veto del Presidente Uriburu, que si es verdad que me anulaba aquella ilusión, también es cierto que me proporcionaba una especie de certificado de hombre liberal, opuesto a todas las tiranías.

Fué, en fin, la tercera emoción el delicadísimo mensaje de usted. Y créame, no sólo me ha aportado el pleno desgravio, sino la compensación magnífica de aquella contrariedad. Para recibir una carta como la de usted, bien puede arrostrarse el desengaño.

No dudo de que se cumplirán sus profecías, y que también la Argentina, tan excelsamente honrada por usted, sacudirá sus cadenas. Ojalá que la ejemplaridad materna de España se mantenga, como un poco de contagio salvador.

Con mi eterna gratitud, reciba un abrazo de su amigo y admirador,

Gabriel Alomar

———

Sigue luciéndose la dictadura novísima. Una censura rigurosa impide obtener detalles; sin embargo hemos logrado una muestra. El Gobierno de los militares argentinos ha negado su agreement *a Gabriel Alomar como Embajador de la nueva República Española. Bien han entendido los militares toda la peligrosa potencia espiritual que se encierra en el cuerpo endeble del gran escritor mayorquín. O más bien dicho, no saben lo que han hecho, como no saben quién es el amo a quien sirven. Alomar rechazado de América cuando es más americano en el sentido bueno, en el sentido hispánico, que todas esas almas confusas de patriotas nacionalistas. Rechazada la inteligencia, desconocida la honradez, negada la luz, pobre raza nuestra desde México hasta cabo de Hornos. Mientras México anuncia el envío de un rufián, la Argentina se niega a recibir a uno de los guías de la raza.*

La guerra al talento no se limita a los de fuera; comprende también a los de casa. El periódico Crítica *ha sido suprimido por los medios que ha puesto de moda el callismo en México, amenazas a los anunciantes, boycott oficial, arrestos y en definitiva la quiebra del diario. Así han desaparecido en México los dos grandes diarios antes independientes:* El Universal *y el* Excelsior. *Pero cuando estos dos diarios mexicanos fueron deshechos por el gobierno, ya nadie les dedicó responsos; se habían desprestigiado, habían transigido con el mismo gobierno que no se conforma sino con la complicidad. En cambio la desaparición de* Crítica *sí debe ser lamentada por todos los hombres libres.*

En México recordamos que Crítica *fué de los pocos diarios del continente que osaron romper la consigna yanqui protestante de apoyar el callismo, de elogiar el callismo a toda costa. En* Crítica *hallaron siempre cabida las verdades más terribles, porque eran verdades. La libertad americana que ha tenido en la Argentina su más firme asiento está de duelo. Peor, está muerta, está sofocada. Se dirá que ya no hay hombres en el vasto continente. Sólo verdugos y víctimas pacientes.*

José Vasconcelos

(De *La Antorcha*. París.)

Elogios...

(Viene de la pág. segunda)

ayunas, y si comen es un par de habas crudas o algunas hojas sin sustancia.—Así va el mundo, respondió don Quijote: a la virtud acendrada casi siempre le cabe en suerte la miseria: los buenos lo suelen pasar mal. Pero el hombre superior se levanta en cierto modo sobre las exigencias de la materia y se ríe de la gula; lo cual no es pasarlo mal, si la temperancia es obra de virtud y no de necesidad. Si todos los que padecen escasez fueran superiores a los que rebosan en comodidades, la gran mayoría del género humano vendría a merecer la corona de Sócrates. Filósofos hay que lo son mientras no pueden otra cosa; pero si de repente les sonríe la fortuna, ya no piensan sino en holgarse. Come, Sancho, come lo que te ofrece Dios hoy día, que ya llegará tiempo en que presidas tus banquetes, si no de rey, por lo menos de grande de primera clase. —¿Entonces no será preciso ser humilde, señor don Quijote, y me mantendré como un marqués?—El decoro, respondió don Quijote, exige que cada cual acorte o alargue sus gastos según su calidad y puesto. La templanza es virtud muy avenidera con las riquezas: te es dado practicarla, sin que por esto se eche de ver mezquindad en tu servicio. Haz cuenta con la hacienda: si posees bienes de fortuna, un cierto rumbo gobernado por el buen juicio no te sentará mal; si eres corto de medios, ríndase tu orgullo a la humildad de tus haberes. Uno como resplandor ilumina tambien la pobreza, y es la decencia, el aseo, esa atildadura que tanto se hermana con la escasez como con la abundancia. El agua nada cuaesta: mírate la cara en tus vasos, que este es el lujo del pobre. Si no te es dado sentarte a mesa cubierta con primoroso alemanisco que pregona el fausto de tu casa, procura que el barato lienzo esté resplandeciendo de limpio, sin mancha ni arruga: y si no tienes para darlo a lavar y aplanchar, lávalo y aplánchalo con tus manos. Hubo un antiguo que, por no valerse de nadie para nada, aprendió cuantos oficios se relacionaban con sus necesidades, y más aún por hacerlo todo con limpieza y esmero. Cocinaba sus alimentos, cosía sus vestidos, lavaba su ropa, siendo nada menos que miembro de una famosa escuela de filosofía: cocina, cose y lava, Sancho, primero que verte descuidada en tu persona y tus cosas. Llegando yo un día a casa de un amigo pobre, sucedió que no hubiese mantel en ella: ¿Sabes como acudió la señora a reparar esa falta? Cubrió la mesa con hojas de verde, fresco plátano, y comimos cual pudieran las ninfas en sus grutas. Esta es la sabiduría de la pobreza. Personas aprensivas hay a quienes todo perece mal, y tan delicadas, que si las sábanas tienen costura, ya no duermen.

Juan Montalvo

Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala se dirigen al pueblo español

= De *La Voz*. Madrid =

La Agrupación al Servicio de la República dirige al pueblo español por medio de sus más ilustres representantes, señores Marañón, Ortega y Gasset y Pérez de Ayala, el siguiente documento:

Unas cuantas ciudades de la República han sido vandalizadas por pequeñas turbas de incendiarios. En Madrid, Málaga, Alicante y Granada humean los edificios donde vivían gentes que, es cierto, han causado durante centurias daños enormes a la nación española, pero que hoy, precisamente hoy, cuando ya no tienen el Poder público en la mano, son por completo innocuas. Porque eso, la detentación y manejo del Poder público, eran la única fuerza nociva de que gozaban. Extirpados sus privilegios y mano a mano con los otros grupos sociales, las órdenes religiosas significaban en España poco más que nada. Su influencia era grande, pero prestada: procedía del Estado. Creer otra cosa es ignorar por completo la verdadera realidad de nuestra vida colectiva.

Quemar, pues, conventos e iglesias no demuestra ni verdadero celo republicano ni espíritu de avanzada, sino más bien un fetichismo primitivo o criminal, que lleva lo mismo a adorar las cosas materiales que a destruirlas. El hecho repugnante avisa del único peligro grande y efectivo que para la República existe: que no acierte a desprenderse de las formas y las retóricas de una arcaica democracia en vez de asentarse desde luego e inexorablemente en un estilo de nueva democracia. Inspirados por ésta, no hubieran quemado los edificios, sino que más bien se habrían propuesto utilizarlos para fines sociales. La imagen de la España incendiaria, la España del fuego inquisitorial, les habría impedido, si fuesen de verdad hombres de esta hora, recaer en esos estúpidos usos crematorios.

La bochornosa jornada del lunes queda en alguna parte compensada en Madrid por la admirable del domingo. La prontitud, espontaneidad y decisión con que la gente madrileña reaccionó ante la impertinencia de unos caballeritos monárquicos fué una amonestación, suficiente por el momento, que daba al Gobierno motivo holgado para podar ejecutivamente su ingénita petulancia. Nada más debió hacerse. De otro modo, aprenderían un juego muy fácil, consistente en provocar con un leve gesto de ellos convulsiones enormes en el pueblo republicano. No; si quieren, en efecto, suscitar en nosotros grandes sacudidas, que se molesten al menos en preparar provocaciones de mayor tamaño. A ver si pueden.

Lo que es preciso evitar de la manera más absoluta es que falte al Gobierno, ni durante una fracción de segundo, la confianza en sí mismo y la plenitud de su representación. Este Gobierno, si alguno en el mundo, ha sido ungido por la más clara e indiscutible voluntad de la nación. Los enemigos de la República no han intentado siquiera ponerlo en duda, cualesquiera que fueran sus ilusiones y sus manejos de otra índole. En cuanto a los republicanos, es cosa de evidencia rebosante que nadie puede presumir de haber hecho más por la República que ese grupo de hombres exaltado hoy a los cargos de ministros y demás oficiales gubernativos. Nadie ha trabajado más por el cambio de régimen, nadie se ha expuesto más entre los españoles vivientes. Es, pues, intolerable que grupo alguno particular, atribuyéndose con grotesca arbitrariedad la representación de los deseos nacionales, reclame tumultuariamente del Gobierno medidas y actuaciones que el capricho haya inspirado. Son demasidos millones de españoles los que han votado a la República para que el montón de unos cientos o unos miles aspire a ser más España toda que el resto gigantesco. Con toda esta teatralería de vetusta democracia mediterránea hay que acabar desde luego y sin más. No hay otro «pueblo» que el organizado. La multitud caótica e informe no es democracia, sino carne consignada a tiranías.

Por otra parte, esa plenitud de representación que en el Gobierno reside le obliga a conservar intacto el depósito soberano de confianza que entera una nación le ha entregado. Es el Gobierno de todos los que han votado la República, y tiene el deber tremendo de llegar íntegros y sin titubeos hasta el momento en que nos devuelva, instaurado ya, el nuevo Estado: la República española.

Porque de esto se trata estrictamente y no de anticiparse a calificar esa República con uno u otro adjetivo. Después de siglos de despotismo franco o disfrazado, va España por vez primera, a decidir con libertad, e inspirándose en su destino más propio, la organización de su vida. Por eso es muy especialmente criminal todo intento de tiranizarla de nuevo imponiéndole formas de imitación. La originalidad, a veces dolorosa, de nuestra historia augura con toda probabilidad soluciones y modos nuevos que pocos sospechan hoy. Por lo menos, no hay gran riesgo en vaticinar que España no será—como algunos dicen por ahí—una República burguesa. Sólo el desconocimiento pleno de nuestra conformación histórica puede creer tal cosa. España, que no ha podido vivir con plenitud, ni siquiera con suficiencia la Epoca Moderna precisamente porque le faltó burguesía, no es verosímil que a esta altura de los tiempos y bajo una forma republicana resulte por magia constituida en nación específicamente burguesa. Todo anuncia más bien que España llegue a organizarse en un pueblo de trabajadores. El modo y el camino para arribar a ello serán, de seguro, distintos de los que se han ideado en otros pueblos, y sin gesticulación ni violencias revolucionarias. Entre innumerables razones, hace creer esto que nuestra economía es de un equilibrio tan inestable, por su escaso volumen, que la menor contracción de la riqueza pública—y todo intento revolucionario la suscitaría—será catastrófica y estrangulará el conato mismo de desórdenes graves.

Es preciso, por tanto, que de la manera más inmediata y resuelta impongan el tono de la nueva democracia exacta, limpia, dura como el metal técnico, cuantos españoles posean la dosis suficiente de buen sentido y que no sean seudointelectuales incapaces de pensar tres ideas en fila. Hoy no tiene la República más peligros que los fantasmas.

Nos induce a esta fe, entre otras cosas, ver cómo los estudiantes, que son, con el grupo de hombres gobernantes, quienes más

Voces de la inteligencia

= De *La Voz*. Madrid =

Ayer, Gabriel Alomar, en unas declaraciones de extraordinaria lucidez y conmovedora serenidad. Hoy, el grupo que encabezan Marañón, Ortega y Pérez de Ayala, al servicio de la República, en nuevo documento que es toda una lección por la altura y autoridad de los juicios... Voces éstas que se lanzan hacia el corazón del país con absoluto desinterés de partido para herir al ciudadano en los puntos vivos de su actuación liberal. Voces que buscan—y hallan de seguro—una profunda repercusión simpática en la conciencia española, caldeándola e iluminándola con llamas de un puro *intelletto d'amore*.

He aquí un nuevo estilo de colaboración político a cargo nada menos que de la inteligencia, no siempre bien emplazada si miramos hacia atrás. Y no por su culpa, naturalmente. La postergación de la inteligencia fue signo característico de toda la política vivida—malvivida—por España durante años y años. No porque este o aquel político—entendámonos bien—dejase de ser intelectual; muchos lo fueron. Sino porque, socialmente, fue la inteligencia el factor menos operante, y hasta más despreciado. Dijérase que constituía como un monopolio adjudicado a unos ciertos hombres cómodamente instalados en el Estado oficial. Fuera de éste, al margen de las instituciones, parecía que no quedaba nadie digno de ser escuchado. Pensemos en el sentido denigratorio—hecho sobre todo a base de desdén—que entre ciertas gentes llegó a tener el vocablo «intelectual». Y pensemos también en la larga serie de escritores, de artistas, de profesores, que sufrieron el vejamen o la simple incomprensión del régimen: exponente, en cierto modo, de una sociedad bastante insensibilizada.

Todos recordamos las bases a que se venía ajustando la recluta de los políticos y el reducido cupo reservado a la inteligencia. Más que reducido, depresivo. Porque el intelectual incorporado a un partido, y obsequiado a veces con un acta, a modo de merced, no recibía los halagos del Poder—encarnado en el jefe o cacique—en atención a sus méritos, sino justamente, al revés, como pago a su sometimiento. Y, es claro, intelectual sometido a régimen de domesticidad, ¿qué intelectual podía ser?... ¿Cuál es su autoridad e independencia?...

(Pasa a la página 14)

hicieron por el advenimiento de la República, han ofrecido una nota ejemplar con su total ausencia de las asquerosas escenas incendiarias. Pero es preciso que se preparen para dar a esa ejemplaridad en el inmediato futuro carácter más activo. Tienen que defender fieramente la dignidad de su República. Fíense de su instinto insobornable, tesoro esencial de la juventud, del cual ha de emanar el único futuro verdadero. Fíense de él y rechacen todo lo que es falso, sin autenticidad, como esas falsas representaciones de manidos melodramas revolucionarios y esas imitaciones insinceras de lo que un pueblo semi-asiático tuvo que hacer en una hora terrible de su historia. Exijan implacablemente que se cumpla el estricto destino español, y no otro fingido o prestado.—*Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset, R. Pérez de Ayala.*

Entre el baldón y la gloria

Palabras de Gabriel Alomar para El Sol de Madrid

—Considera usted la jornada de ayer ventajosa para la República o desventajosa?

—Con todo el dolor de mi alma la considero desventajosa. En cierto modo, esa jornada se opone absolutamente a la magnífica expansión del 12 de abril. Acaso sea verdad que toda revolución envuelve un momento dictatorial para infundir en el alma del país aquellas renovaciones consustanciales con el ideal triunfante. Acaso es cierto que la cualidad mixta o heterogénea del Gobierno impidió ese momento revolucionario. Acaso es innegable que el país ha visto una simple crisis de Gabinete en lo que debió ser una crisis de régimen. Pero, de todos modos, no me parece leal; antes me parece el colmo de la ingratitud corresponder a la delicadísima vitalidad de un régimen naciente con un desbordamiento pasional para el cual no hubo audacia en los días vergonzosos de la tiranía. Los verdaderos amigos de la libertad deben usar este lenguaje, sin miedo a las impopularidades de momento.

Ningún Gobierno, y menos un Gobierno de ideal, puede permitir que la iniciativa gubernamental esté en las calles. El mayor enemigo de la democracia es la demagogia. Y la demagogia acaba siempre por la improvisación de los caudillajes pretorianos, que son las mayores vergüenzas políticas, y que infortunadamente parecen vinculados a la raza ibérica.

En vísperas de unas elecciones constituyentes, es aún más pernicioso aquel desafuero. ¿Por qué no acumular en la lucha de los comicios esa fiebre civil, que podría ser entonces exhaltación nobilísima de un anhelo popular, en vez de ser un desbordamiento de plebe?

España fué el 14 de abril la admiración del mundo. El pueblo aclamó su propia libertad, obtenida por sí mismo. Pero entonces quedaba otra prueba superior: la capacidad nacional para esa soberanía. ¿Hemos de creer que el pueblo español experimentó entonces, no la infusión milagrosa de unas lenguas de fuego de Pentecostés; no la Pascua granada de la libertad, sino una embriaguez repentina y pasajera, y que ha venido después una grosera inhabilidad de advenedizos, nuevos ricos del Poder?

Bien quisiera que esa nueva España tuviese conciencia plena de algo que no sé si llamarlo patriotismo, ya que tantos Gobiernos ineptos y odiosos prostituyeron esa palabra. Pero compréndase que hay algo peor que laborar directamente por el retorno de la monarquía, y es procurarlo indirectamente por la deshonra directa de la República.

Yo no diré, ciertamente, que los autores de esos desmanes sean agentes provocadores; pero sí diré que parecen almas infantiles, incautamente sometidas a ese vago ambiente de incitación provocadora que difunden las extremas derechas.

Los profetas de desgracia, los malos augures que imprecaron la desdicha sobre la cabeza de la Revolución naciente, anunciaban que después de la época de nuestro *kerenskismo* vendría el caos, vendría el *anarquista de Tarrasa*. ¿Será tan ingenua nuestra multitud que abra la puerta a esos fantasmas de mal agüero?

Es necesario que todos los verdaderos amigos de la República se percaten del momento gravísimo que atravesamos, y tributen al nuevo régimen el mayor sacrificio: el de llenarse las honduras del alma con el sentido de la responsabilidad histórica; con el peso de la coparticipación alícuota en la plena soberanía recobrada.

Pensemos todos que el mundo tiene la vista fija en nosotros, y que en nuestra mano está la alternativa entre el baldón y la gloria.

Voces de la inteligencia...

(Viene de la página 13)

Los intelectuales deveras permanecían, con deliberado propósito y noble voluptuosidad, a distancia de las mercedes. En el apartamiento de los mejores estriba la razón de una de las más graves acusaciones que la Historia hará a la mezquina política de la Restauración y la Regencia. Pero la postergación de tanto espíritu egregio, por su talento, sensibilidad o preparación técnica, no ha dejado de contribuir a la revolución presente. Los discrepantes, los preteridos, los desterrados, de los últimos diez, veinte, treinta años han pasado al cabo de modo decisivo en las resoluciones del anhelo nacional. El voto particular de la inteligencia ha podido más que el mudo dictamen del conformismo. Y al encontrar eco en el alma espa-

Augurios

A *Juan Marinello*

1931 libras de pensamiento
sobre la espalda del tiempo.

La libertad se niega a beber en las cárceles.

Martí sigue alumbrando la conciencia del mundo
pero los irresponsables se burlan de su sombra.

Sangre de corazones jóvenes salpica las vías libres.

El disparo de un rifle porta a la tiranía.

Un temblor de inocencia desgajada en las calles.

Como a Sandino, a ti los yanquis te predican
la libertad—exclusiva de la sangienta Washington—
a bayoneta calada.

El retrato de Washington es la ironía del mundo.

Puerto Rico también levantará la horca
para los invasores y el traidor a la Patria.

Sabed que Estados Unidos no es más
que un saco de billetes de banco.

Hay vientos del Pacífico que estremecen su base.

Mi Patria también estaba hincada de rodillas
mas la puerta de la revolución la ha abierto
don Pedro Albizu Campos.

Sabemos que el Atlántico será una rosa de sangre
en el jardín del universo.

Es sublime inhalar perfumes libertarios,

No hay bajeza peor que querer ser esclavo.

Es mejor que la cárcel sea nuestra compañera.

El más trascendental poema del Nuevo Testamento
es el degollamiento de San Juan el Bautista.

Cuando se va a la cárcel por defender la Patria
la libertad es el punto matemático que se prolonga
en la hermosura cósmica creadora de los seres.

C. Soto Vélez.

(Envío del autor.)

ñola se demuestra que, por variar todo, ha variado también en alza enorme la cotización del intelectual.

Es prenda genuina de la inteligencia la libertad en el juicio. Quien sepa ejercitarla es intelectual por fuero propio. Y no otra cosa ha de pedir la República a los intelectuales: asistencia espontánea e independiente, no sumisión incondicional. El nuevo régimen necesita, sin duda, de un contraste leal en punto a ideas, doctrinas, soluciones. No diremos *oposición*, porque la palabra puede conducir al equívoco. Pero, ¿cómo desconocer que todo Gobierno necesita de oposiciones inteligentes y de buena fe?... Al encararse Gabriel Alomar y los conductores de la Agrupación al Servicio de la República con un estado pasional del momento, juzgándolo desde elevados puntos de vista sin la menor concesión ni parcialidad, se hace patente que la República tendrá, para gloria suya, colaboradores que a la vez sabrán ser fiscales en cuanto asuman la representación de fuerzas puras no gastadas en el mando. Queramos a no queramos, el porvenir nos hará pasar por las más diversas pruebas. Fracasará un hombre, un partido, un gobierno determinado... Las reservas de la intelectualidad podrán movilizar sus recursos naturales e inagotables en las grandes crisis, y a cuenta de ellas, nutriéndose el pueblo de grandes y desinteresadas ideas, se salvarán todos los riesgos posibles.

M. Fernández Almagro

Circular enviada...

(Viene de la página 8.)

Además se procurará que, con el apoyo de los Municipios de la República, el Mausoleo que debe conservar los despojos de Don Juan, sea una realidad en su ciudad natal, para que constituya el homenaje votivo de las celebraciones que en Abril de 1932 deben verificarse.

La mente de la agrupación que represento, es la de que tratándose de un hombre como Don Juan Montalvo, gloria americana y de la más inconfundible personalidad en las letras ecuatorianas, es deber nacional considerar como propia, en todas las provincias que integran el Ecuador, esta justa celebración; de modo que confía en el aplauso y en la colaboración que esa ilustre entidad ofrecerá a esta desinteresada iniciativa.

Aprovecho esta oportunidad para ofrecer a usted el testimonio de mi consideración.

De usted atto. y S. S.

Hugo Moncayo

Mayo 7 de 1931.

Grupo América

Principales propósitos

Laborar por los ideales americanistas.

Acercamiento espiritual entre los impulsadores del pensamiento americano.

Adhesión a los centros de cultura encargados de laborar por la fraternidad de los pueblos de la raza.

Primeras resoluciones:

Publicación de la revista América.

Celebrar el primer centenario del centenario del nacimiento de Montalvo, con la cooperación del Gobierno, Municipalidades, escritores, admiradores, etc.

Publicar, con motivo del próximo centenario, un libro de trozos escogidos de las obras de Montalvo.

Encomendar a un escritor francés la biografía del Cósmopolita, de cuya traducción se encargará el señor don Gonzalo Zaldumbide.

Enviar un acuerdo de condolencia a los deudos de Gonzalo Cordero Dávila, y dedicar un número de América *a su memoria.*

Nombrar representantes del Grupo *a los escritores nacionales que se encuentran en el Exterior.*

Fundar la Biblioteca de Autores Americanos.

Organizar, anualmente, La Semana del Libro, *en los días del 13 al 19 de abril, en honor del nacimiento de Montalvo.*

Creación del premio Juan Montalvo para los escritores nacionales.

Compilación de trabajos inéditos o publicados de autores nacionales para el arreglo de la Bibliografía y Biografía.

Miembros del Grupo América

Gonzalo Zaldumbide, César E. Arroyo, Augusto Arias, Miguel Angel Albornoz, Manuel María Sánchez, Hipatia Cárdenas de Bustamante, Hugo Moncayo, Isaac J. Barrera, Oscar Efren Reyes, Alfredo Martínez, Antonio Montalvo, J. M. Velasco Ibarra, Gonzalo Escudero, Luis Bossano.

Homenaje a Erasmo de Rotterdam...

(Viene de la página 8)

una de sus más famosas cartas, y en verdad que lo era. «Vi—escribe—vi con mis propios ojos al Papa Julio II, en Bolonia primero y en Roma después, marchando a la cabeza de una procesión triunfal como si fuese Pompeyo o César. San Pedro sometió al mundo mediante la fe, que no con armas y soldados.» ¿Lo ex-comulgó Julio II? No hay tal; más bien quiso hacerlo cardenal. En otra ocasión había escrito: «Reverencio y siempre he reverenciado la Teología. Hablo en contra de los teologástricos de nuestra época, hombres de sesos los más podridos, de mentalidad la más torpe, de doctrinas las más espinosas, de vida la más inmunda, de lenguaje el más emponzoñado, de corazones los más negros que jamás haya conocido en el mundo.» Fray Servacio, su superior, se rascó y le reconvino. Erasmo andaba fuera del monasterio diciendo tales cosas; precisaba que volviera al aprisco. Fray Servacio, siempre amorosamente, lo llamó. «La ropa sucia se lava en casa», le volvía a decir. «Ven y dime a mí todas esas cosas, para ver de remediarlas. Conviene que aquí tengas tu hogar. Recuerda que llega la vejez y es entonces reconfortante tener donde reposar en calma, etc., etc.» Erasmo se excusó siempre blandamente: «No he pretendido hacer dinero,—escribió—y a la fama poco la he solicitado. Lo grosero lo he aborrecido siempre. ¿Qué había de ganar reuniéndome a vosotros? Sería objeto de malicia, de envidia, de menudos chismes miserables.» Fray Servacio entonces le recordó sus votos. Pero Erasmo estaba preparado: Julio II lo había relevado de cumplirlos.

Cuando estudiaba en París escribió versos y publicó un librito. Después se dedicó a redactar dichos agudos en censura de su época, los que publicó en número de ochocientos con el título de *Collectanea adagiorum;* más tarde, cuando ya sabía griego, los corrigió y aumentó a tres mil y los re-editó bajo el título de *Chiliades adagiorum*. El pensionado de Carlos V ni siquiera titubeaba en decir cosas como éstas: «El pueblo edifica ciudades y los príncipes las destruyen; la industria de los ciudadanos crea riquezas que, rapaces, los señores saquean; los magistrados plebeyos hacen buenas leyes para que los reyes las violen; el pueblo ama la paz, pero sus dirigentes la guerra.» El Concilio de Trent no vió manera de suprimir el libro, y optó por decretar la impresión de una edición castrada. (Oxford aprendió del Concilio. Cuando en el 1669 editó el diálogo sobre *Julius Exclusus*, de Erasmo, suprimió la parte en la que se enuncia el derecho de los pueblos a destronar reyes, herejía tan grande entonces como sería ahora en Costa Rica la de decir que los estudiantes tienen derecho a desdirectorizar directores de colegios o los maestros a desministrizar ministros de educación pública.) Pero no sólo esas cosas escribía Erasmo. Era incansable con la pluma. Sentía deleite, sentía voluptuosidad escribiendo: *«Literarum assuiditas*—dice—*non modo mihi fastidium non parit, sed voluptatim; crescit scribendo scribendi studium.* En Basle, del 1516 al 1536, editó a Jerónimo, a Cipriano, al seudo Arnobio, a Hilario, a Irineo, a Ambrosio, a Agustín, a Crisóstomo, a Basilio, a Orígenes, e hizo famosa la imprenta de Froben con una fama que no lograron empañar la esplendidez alcanzada después por las imprentas de los Estiennes ni la de Plantin. Editó en el original griego, y tradujo al latín, publicando ambas versiones juntas, el Nuevo Testamento. Se conservan los textos de millares de cartas suyas que circulaban como ahora los periódicos. «No hay modo —escribe—de que no vaya a dar a la imprenta cuanta cosa sale de mi pluma.» Escribía y conversaba en latín. Un latín lleno de imperfecciones, pero vivo. Bembo y Sadoleto, en Italia, manejaban un latín mucho más elegante, mucho más puro, pero sólo bonituras escribían. Bombo y Sadoleto eran eruditos. Adoraban la bella lengua muerta. Eran incapaces de molestar ni un ápice la majestad del bello cadáver incorruptible. Erasmo no era erudito. Erasmo era hombre de letras. La antigüedad no le importaba en sí ni por sí, sino como instrumento de cultura. Sabía latín y lo empleaba, porque el latín era el idioma universal de entonces. En Francia, Rabelais tenía que esconder su librepensamiento en un sucio *argot* ininteligible a veces. En Inglaterra, aún no surgía la fuerte y clara prosa inglesa de Milton. Moro escribía en latín,

hasta el mismo Milton, también, recordémoslo, cuanto tenían que decirle al mundo. De todos los latines de la época,—el Renacimiento,—el de Erasmo es el más delicioso. ¡Qué fluidez la suya, qué vigor, qué ausencia de pedantería! Hay que leer su *Morial encomium* o *Laus stultitiae* (*). Es su libro más sabroso. ¡Qué burla la que hace de guerreros y de frailes, de hombres de espada y de báculo, de príncipes y de prelados, del mundo y de la iglesia! Advierto que está, como su otro gran libro—el de los *Coloquios*—en el índice expurgatorio. A Erasmo lo han llamado los clericales «gloria y vergüenza del clero.» Tenía ideas que los ilustres Papas de su tiempo entendían y aún aplaudían, pero que los mezquinos clericales jamás han perdonado. Así, se atribuye a «chispa de Erasmo» la conflagración que produjo el protestantismo, y al liberalismo de Erasmo la disruptora revolución de Lutero. Es que no se quiere reconocer que el protestantismo fue lamentable resultado de los vicios que Erasmo atacó. Es como si mañana las masas se levantaran cansadas de llevar el yugo que aún soportan embrutecidas, y la complaciente sociedad en que vivimos,—al ver la torpe llamarada vengadora de tanto abuso como esa sociedad comete en la creencia de una impunidad perpetua,—dijera que tienen la culpa los claros espíritus liberales que piden remedio a tanto mal ahora que aún es tiempo. Erasmo era liberal. Clasificaba entre las perversidades el escolasticismo formalista, los ayunos, la veneración de las reliquias, el uso del Breviario, el celibato, y las órdenes monásticas. De esas cosas decía que cuando son sinceras resultan de raras perversiones, y cuando no lo son, son la mayor hipocresía del mundo. Opuso a esas disciplinas «la filosofía de Cristo» que ellas ahogaban y desvirtuaban, la filosofía de Cristo como guía ética simplemente. Unificaba así la moral pagana con la cristiana, y le daba unidad a dos grandes civilizaciones diversas. No tenía empacho en decir San Virgilio, San Horacio. Y menos en confesar que el vino le gustaba y que el de Borgoña le era indispensable. Al obispo de Cracovia le escribía el 31 de agosto del 1535, un año antes de su muerte: «El vino de Borgoña es mi salud. Quienes me lo traen (se hallaba en Alemania) lo echan a perder, pues en el camino abren las pipas y lo que dejan me lo estropean con agua». En esa misma carta, como en otras, Erasmo condena los excesos del protestantismo. Nadie más lejos del protestantismo que él. Los protestantes, por consiguiente, han dicho que era ilógico. Nosotros podemos juzgarlo con juicio más calmo. Erasmo tenía razón. Deseaba la unidad de Europa, y el protestantismo produjo la desunión que tanta guerra y tanta miseria ha costado. El protestantismo ha sido una de las mayores plagas del mundo. Mejor, con todos sus vicios, el catolicismo romano que Lutero odiaba. «Los anabaptistas llegan de Holanda (a Alemania)—escribe Erasmo en la carta que cito—en muchedumbre. Espada en mano se ponen a su obra, asaltan ciudades, hacen tragar su credo a viva fuerza, exaltan nuevos reyes y reinas... El invierno pasado hubo revuelta en París... ejecutaron a veinticuatro...» Si se desea saber cuándo y dónde comenzó la guerra europea que aún no termina, es infantil recordar a Sarajevo y al balcánico muchacho medio loco que disparó contra el archiduque austriaco, porque fue en época de Erasmo que se inició la guerra, y Erasmo, que la vió venir, fiel a sus ideas la combatió. El combate lo cansó, a él que era tan fuerte de alma. «El Papa ha creado nuevos cardenales para el Sínodo—escribe—y quería que yo fuese de ese número... Ahora me ofrecen otras dignidades que tampoco he de aceptar. Un pobre diablo medio muerto como yo no se dejará tentar por la soberbia a entrar a formar parte de una fastuosa y ociosa compañía para nada más que acabar su vida en la opulencia. Me place la carta de Su Santidad, pero el buey no sirve como cabalgadura.» Erasmo estaba triste, estaba cansado. A los cincuenta y un años de edad había escrito jubilosamente: «Se creerá que ya he durado lo bastante. No estoy enamorado de la vida, pero vale la pena continuar un rato más, ya que se anuncia gran edad de oro... El saber brota por todas partes: los idiomas, la física, las matemáticas, hasta la teología misma, dan indicios de remozamiento. Yo mismo, insignificante que soy, algo he contribuido a ello. Cuando menos, les he revuelto la bilis a unos, y sólo los imbéciles me ladran ahora.» ¡Ah Erasmo! No hizo el proyectado viaje a Borgoña y tal vez fue la falta de ese vino en su pureza lo que acortó sus días. El 12 de julio de 1536 aceptó la muerte con docilidad, él que le había escrito levantadamente a Fray Servacio: «¿Pretendéis hacer de mí un siervo de rango superior en algún convento? ¡Sabed que no he servido a rey ni a prelado ninguno!»

Persiles

Heredia, junio, 1931.

(*) En castellano tenemos la excelente traducción directa del latín, de esta obra, por don Julio Pujol—*Erasmo erasmiciori*, le llamó Bonilla y San Martín,—editada en Madrid, 1917.

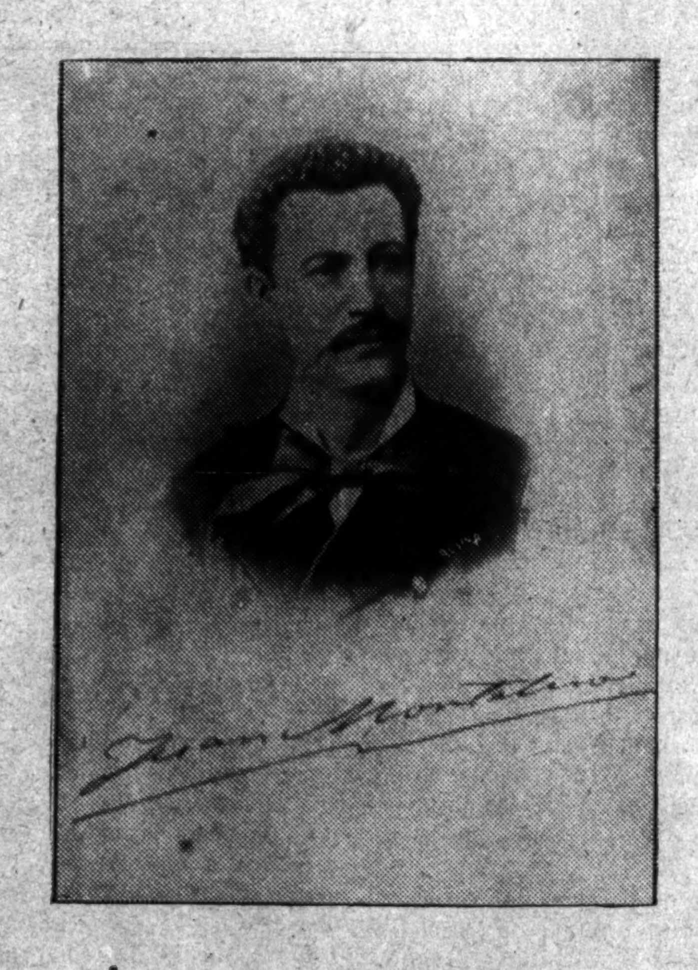
Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias
y Educación, Misceláneas y Documentos

TOMO XXIII



Editor: J. GARCÍA MONGE
SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A.
1931

Elogios

= De *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.* París. Casa Editorial Garnier Hnos. 1921. =

Elogio de los árboles

Cuando esto decía don Quijote, echó de ver a un lado del camino un hombre entrado en edad que estaba haciendo hachar dos hermosos cipreses de un grupo que daba obscura y fresca sombra a un gran circuito. Paróse y le preguntó por qué hacía derribar tan bellos árboles, destruyendo en un instante obra para la que la naturaleza requería tantos años. —Los derribo, respondió el viejo, porque nada producen y ocupan ociosamente la heredad. Éstos y los demás, todos los echo abajo, y no son menos de catorce.—¿Hubiera modo, replicó don Quijote, de evitar este degüello? Si os incita el valor de estos cipreses, yo os los pago, y permanezcan ellos en pie.—Eso allá se iría con vender la tierra, y no es lo que me propongo, dijo el dueño; antes la estoy desmontando, no tanto por aprovecharme de estos árboles que no valen gran cosa, cuanto por dar a la labranza el suelo mismo.—Cortados no valen nada, replicó el caballero; vivos y hermosos como están, valen más que los pirámides de Egipto. Y así os ruego y encarezco miréis si os está mejor variar de resolución y hacer un obsequio a la madre naturaleza, la cual gusta de la sombra de sus hijos.—Toda sombra es nociva, arguyó el viejo sanguinario. La sombra nada me da; antes me quita lo que pudiera rendir esta heredad. Hoy la pongo como la palma de la mano, la aro en seguida, siembro lechugas y coles, y desde ahora queda vuesa merced convidado a festejarlas a su regreso. —Dejaos de chanzas, que no estoy para ellas, dijo don Quijote. Por última vez represento y pido lo ya representado y pedido, y andad por vuestras lechugas a otra parte.—Donosa representación, respondió el hombre, quien a despecho de los años había sido algo maleante, o ya la figura de don Quijote junto con sus pretensiones le movió a echar por lo ridículo: donosa notificación... Y caso de no venir yo en ello, ¿piensa vuesa merced apercibirme con su lanza? —¡Vos lo habéis dicho!, replicó don Quijote, y arremetió con el viejo, el cual, en vía de defensa, se dejó caer patas arriba de la piedra en que estaba sentado.—Convenid, gritó el caballero, teniéndole en jaque con su lanza, en que estos árboles queden ilesos; ofreced, prometed y aun jurad no tocarles ni a un pelo de la barba.—Me allano a cuanto vuesa merced mandare, respondió el burlón, viendo resplandecer esa punta amenazante. ¡Ea, amigos!, dejadme en pie esos árboles, y no se les ofenda con un hachazo más, supuesto que tal es la voluntad de este buen caballero.

—Ando en busca de aventuras, respondió Don Quijote. Si la casualidad no me encamina por acá, se consumaba ahora mismo un hecho de los que no sufre un caballero andante. Salga de su carrocín vuestra señoría ilustrísima, y vea con sus ojos si mi profesión importa al mundo, y si los que la seguimos perdemos el tiempo y ganamos la fama a poca costa.

Echóse afuera el obispo, juzgando que realmente se hubiera intentado allí algún delito, y si aún era posible impedir una desgracia.

—¿Ve aquí vuestra ilustrísima esta pequeña selva cuyos árboles verde-obscuros se encumbran en forma de pirámides y derraman sobre el suelo esta densa y provocativa sombra? En verdad le digo que no iba a quedar rama sobre rama, porque este desalmado los echaba a tierra, si no llego yo aquí para librarlos de su hacha destructora.—La forma bíblica usada por don Quijote le pareció bien al obispo, y dando en el hito, y por llevarle el genio, manifestó que le placía mucho aquel desaguisado, y se unió a él para encarecer el desalmamiento de quien así había querido matar esos hermosos gigantes de la creación. Hablaba quizás de buena fé el prelado, ya que todo pecho donde anidan los afectos nobles tiene con la naturaleza conexiones ocultas.

Un árbol que ha recibido lentamente la virtud misteriosa de los siglos, junto con la recóndita substancia de la tierra es objeto que infunde respeto y amor casi religioso. Hay quienes destruyen en un instante la obra de doscientos años por aprovecharse de la mezquina circunferencia que un árbol inutiliza con su sombra: para la codicia nada es sagrado: si el ave Fénix cayera en sus manos, se la comiera o la vendiera. Cosa que no produzca, no quiere el especulador: para el alma ruin, la belleza es una quimera. Un menguado sin luz en el cerebro ni música en el corazón, no alcanza el poder de gozarla, ni su alma tiene los requisitos que se han menester para que den golpe en ella los portentos del universo. No se arrodilla ante el Parnaso sino el hombre delicado cuyo numen le tiene despierto de continuo, maravillándole con las obras del Omnipotente, apasionándole a las gracias de la naturaleza.

Ya de miedo del uno, ya por respeto al otro, el viejo se excusó como pudo y se ratificó en la promesa de no llevar adelante una obra que en ninguna manera había juzgado digna de vituperio.—¿Y cómo no?, dijo el obispo; si no teníais necesidad imprescindible, no era nada católico destruir así, por puro gusto, un efecto tan hermoso de la virtud de nuestra madre tierra.—Tengo para mí, dijo a su vez don Quijote, que los gentiles eran en muchas ocasiones más piadosos que nosotros: esa veneración por los bosques sagrados, manifiesta un mundo de religiosidad en su alma. El bosque de Delfos, la selva de Dodona, eran templos para ellos.—No alegue vuesa merced la autoridad de los gentiles, volvió a decir el obispo; los patriarcas de la ley antigua rendían honores casi divinos a los árboles. Abraham plantó un ciprés, un cedro y un pino, los cuales por obra del cielo se incorporaron en uno solo; de suerte que ese árbol fué mirado como un prodigio y cosa verdaderamente destinada para la Divinidad; y así, se le cortó para el templo de Salomón. ¿Y qué dice vuesa merced de la famosa encina a cuya sombra ese mismo patriarca de quien acabo de hacer mención armó sus tiendas de campaña? El pueblo se inclinaba ante ella, y hacía romería a los llanos de Mambrea por ver ese testigo de tan grandes cosas.—Yo he leído, respondió don Quijote, que los japoneses, con ser bárbaros, respetan a los árboles tanto como a sus dioses. Plántanlos en dondequiera, y asombran con ellos los caminos; de modo que es un placer andar por esas vías frescas y verdes, en medio del sol abrasador de esas regiones.

Elogio de la templanza

Apeáronse en esta sazón, y sentados debajo de unos árboles, amo y mozo comieron lo que Dios quiso, dándole gracias por su misericordia.—Ten hambre, Sancho, dijo don Quijote y no codicies la mesa del rico, pues tan bien te sabrá la carne sin condimento como un faisán lampreado.—No sé a lo que sabe el faisán, respondió Sancho: déme vuesa merced una uña de vaca o una costilla de carnero bien tostada, ítem pan frito y cebollas en caldo picante, y le hago donación entre vivos de cuanto faisán y gallipavo crían las Indias.—Con eso pruebas tu humildad, repuso don Quijote. Has de saber que entre la modestia y el orgullo, entre la sabiduría y la ignorancia hay más relaciones que nadie se imagina. El filósofo se contenta con lo que da de sí la naturaleza, y no anda importunando a la fortuna sobre que no le hace nadar en lo superfluo; exactamente como el campesino que se mira satisfecho con algunas pobres raíces y los granos que produce su diminuta heredad.—Y los santos, dijo Sancho, que lo pasan en

(Pasa a la página 12)